

EL PACIFICADOR DE PLANETAS

clark carrados

B. CORTIELLA

Clark Carrados

El pacificador de planetas

Ediciones, TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez 151
Barcelona Buenos Aires

Portada: R. CORTIELLA

Primera edición: Noviembre 1972

Depósito Legal: B. 42.791 – 1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba harto de comidas precocinadas o en conserva. Por dicha razón, Robur Zanda se dijo que ya era hora de tomar una comida en condiciones.

La situación de Robur no era buena, pero sabía acomodarse a las circunstancias. Puesto que la irritación y las maldiciones, y mucho menos la depresión y el pesimismo no iban a remediarle nada, decidió ver las cosas con filosofía y adaptarse a su nueva situación, de momento, nada halagüeña.

Su nave, en realidad un astrobote salvavidas, yacía en el suelo, a poca distancia. El combustible principal se había consumido y sólo quedaban aptas para funcionar las baterías auxiliares. Pero había sido privado de todo medio de comunicación, de modo que no podía lanzar el S.O.S, espacial que habría permitido a alguien venir en su ayuda.

Ciertamente, el astrobote contenía todo lo necesario para una situación de emergencia. Pero los amotinados habían obrado con demasiada cautela, aunque no sin cierta cortesía.

Las armas que habían quedado en poder de Robur eran un buen cuchillo de caza y una multipistola con tres cargadores. Cada cargador contenía una clase distinta de proyectiles: termosolares, destructores y simplemente perforantes, estos últimos, en realidad, balas de tipo clásico y calibre ligeramente superior a los 11 mm., esto es, un «45». No obstante, la carga impulsadora de los cartuchos perforantes y la superior longitud de los proyectiles convertían a la pistola en un arma temible.

Cerca del forzoso campamento —había tomado tierra allí al agotársele el combustible principal—, corría un río de escaso caudal, pero de aguas cristalinas. Un poco más allá, a través de la espesura del frondoso bosque, se divisaba un gran talud casi paralelo, al río. Robur no había llegado todavía hasta allí.

Empezaba a pensar que, puesto que debía afincarse en aquel planeta que le resultaba desconocido, el lugar no era malo para construir su campamento definitivo. No obstante, quedaba tiempo para elegir el sitio de su asentamiento fijo.

De momento, se estaba preparando una sabrosa comida. Había encendido un buen fuego y sobre el mismo tenía un recipiente metálico —una caja de embalaje, hermética, ahora desprovista de su tapa. Dentro de la olla improvisada había agua, sal, pasta de sopa y, troceado, un animal semejante al conejo terrestre, aunque de dimensiones algo mayores.

Robur habría podido asar la carne, pero tenía ganas de un buen caldo natural, no procedente de una lata. El olorcillo que ya se desprendía del guiso le hacía la boca agua.

Probó el caldo con la cuchara. Aún faltaban, estimó, quince o veinte minutos más. La carne del conejo, si bien sabrosa, resultaba un poco dura.

De repente, le pareció oír un sonido extraño, por encima del borboteo de su guiso. Robur se atiesó, a la vez que requería la multipistola.

El chirrido se repitió. Parecía el frote de unas gigantescas mandíbulas, tal vez las tenazas de un crustáceo de dimensiones incalculables.

Robur colocó la pistola en situación «destructora». Cada proyectil, sin diferir de los demás en tamaño, podía causar los efectos semejantes de una antigua granada de 155 mm. No disponía de muchos proyectiles, pero si el animal resultaba demasiado grande, con una sería más que suficiente.

Avanzó con cautela hacia el lugar de donde procedía el extraño chirrido. Se adentró entre los árboles, altos, esbeltos, de troncos no muy gruesos, un poco menos que su cuerpo y, al apartar unos matorrales de cierta elevación, contempló una escena increíble.

Simplemente, le pareció que estaba bajo los efectos de una horrible pesadilla.

* * *

La mujer estaba desnuda, de pie, aunque no por su voluntad. Sus brazos quedaban por encima de su cabeza, atados por sendas ligaduras a las ramas de dos árboles separados por una distancia de cinco o seis metros. Los pies estaban igualmente atados a sendas estaquillas profundamente hincadas en el suelo, pero no podía moverlos, ya que tenía tobillos y rodillas ligados por sendos trozos

de cuerda.

La larga cabellera rubia caía hacia adelante, debido a que ella tenía inclinada la cabeza sobre su pecho. Robur comprendió que estaba sin sentido. Las ropas yacían en el suelo, a un par de pasos de distancia.

Delante de la mujer, a unos treinta pasos, estaba el talud y, en éste, una cueva. De allí procedían los extraños chirridos.

La cueva era muy oscura. Algo brilló de pronto en el fondo.

Los chirridos se acentuaron. Dos enormes tenazas, semejantes a las de una langosta de colosales dimensiones, aparecieron en la entrada.

Detrás de las tenazas surgía la cabeza de un monstruo de pesadilla, dotado de dos enormes ojos facetados, de color gris claro. El cuerpo del animal, en cambio, parecía blando, con piel cubierta de un vello áspero y rojizo. Ocho patas le permitían moverse sin aparente dificultad. La cola era una especie de látigo, rematado en dos agudas puntas córneas, que brillaban de un modo aterrador «Veneno», pensó Robur en el acto.

Robur había oído hablar de ciertos escorpiones gigantes del espacio. Nunca había creído en tales fábulas, pero ahora tenía ante sí a uno de los hasta entonces considerados animales mitológicos.

El cuerpo del animal tenía el volumen del de dos rinocerontes, que hubieran sido empalmados el uno a continuación del otro. Bajo la cabeza, se divisaba una terrorífica boca, armada con dos triples hileras de dientes, pequeños, pero indudablemente, de dureza diamantina.

Robur hizo en seguida un cálculo de posibilidades. No podía emplear proyectiles destructores: la distancia era demasiado corta. Además, no tenía la seguridad de que la explosión no despidiera alguna de aquellas enormes tenazas, de casi tres metros de longitud, y le cayera encima de él o a la joven.

Su dedo pulgar cambió rápidamente el dispositivo de disparo y la pistola pasó a «termosolar». Apretó el gatillo y un proyectil se hundió entre los dos ojos del artrópodo.

Las tenazas vibraron epilépticamente. En cuestión de segundos, el cuerpo del animal se convirtió en un ascua de luz amarilla. Luego, el resplandor desapareció y sólo quedó una masa negruzca, que despedía un humo de olor nauseabundo.

Dentro de la cueva se oyó otro chirrido.

—La pareja —gruñó Robur.

Esta vez sí usó el proyectil destructor, enviándolo al fondo de la oquedad. Se oyó una atronadora explosión y luego se produjo un pequeño terremoto, cuando la bóveda de la cueva se hundió fragorosamente sobre los restos del otro escorpión gigante.

Aquellos animales eran terribles, se dijo Robur, pero la ventaja estribaba en su relativamente escaso número y en lo poco prolíficos que debían de ser. No parecía, pues, probable, la existencia de más artrópodos gigantes en las inmediaciones.

Robur volvió el arma a la funda. Luego se acercó a la mujer.

Continuaba desmayada. Robur sacó el cuchillo y cortó sucesivamente las ligaduras. Se estremeció al ver las marcas que los cordeles habían dejado en su blanca piel.

—Me gustaría atrapar al bruto que hizo una cosa semejante y hacerle tragar un par de litros de caldo de escorpión gigante —masculló, colérico.

* * *

Era joven, observó Robur, apenas veintidós años, mientras ponía en torno a sus muñecas sendas tiras de celulina regenerativa, procedente del botiquín de urgencia de su nave. Luego hizo lo mismo en las rodillas y tobillos y, a continuación, frotó sus sienes con agua de colonia.

Ella lanzó un hondo suspiro y murmuró unas palabras sin sentido. A los pocos momentos, abrió los ojos y miró extraviadamente a su alrededor.

—Los escorpiones…

—Tranquilízate, muchacha —dijo Robur—. Los escorpiones han muerto y tú estás a salvo.

La joven le miró con sorpresa. Fue a moverse, pero entonces se dio cuenta de que estaba tendida en el suelo, cubierto su cuerpo por una fina manta de tejido suave y abrigado.

—Los escorpiones… han muerto… —repitió.

—Así es —confirmó Robur sonriendo—. Los maté yo.

—No puedo creérmelo… No hay muchos en Thanitzar capaces de hacer una cosa semejante…

—Yo sí lo he hecho, pero no vamos a discutir ahora ese tema, teniendo entre manos otros más importantes. Ah, me llamo Robur Zanda.

—Mi nombre es Lyra —dijo la muchacha.

—Lyra… ¿qué más?

—No tengo apellido. Soy la reina de los Superiores. Una reina no necesita apellido.

Robur se quedó con la boca abierta un instante.

Luego pensó: «Habrá que seguirle la corriente. Si la situación por la que ha atravesado, ha afectado a su mente, será conveniente no contradecirla, al menos en este aspecto.»

—Está bien —dijo—. Eres la reina de los Superiores… ¿Debo darte el tratamiento de Majestad?

—No, llámame Lyra, es suficiente. ¿Qué haces tú en Thanitzar, Robur?

—He llegado aquí por casualidad…, pero creo que antes de seguir hablando, te conviene tomar algún alimento. ¿Puedes sentarte, Lyra?

—Probaré —respondió ella—. De pronto, reparó en sus muñecas. —Me has curado— exclamó, a la vez que se sentaba, sujetándose con una mano la manta contra el pecho.

—Sí, tenías unas laceraciones causadas por las cuerdas —contestó él—. Es celulina regenerativa —explicó—. Una medicina muy buena para las heridas; antes de veinticuatro horas, tendrás, la piel como si no hubiera sucedido nada.

Lyra le contempló con admiración.

—Debes de proceder de un mundo muy adelantado —comentó.

Robur meneó la cabeza.

—A juzgar por la forma en que he llegado a Thanitzar, yo no diría tanto —contestó irónicamente, a la vez que alargaba a la muchacha un pote lleno de caldo humeante—. En algunos aspectos, somos tan salvajes como los hombres que te expulsaron a la voracidad de los escorpiones gigantes.

CAPÍTULO II

El caldo, sabroso, y unos trozos de carne, pusieron color en las pálidas mejillas de Lyra. Al terminar, dirigió una agradecida sonrisa a su salvador.

—¿Cómo puedo darte las gracias, Robur? —preguntó.

—Lo hice con mucho gusto, en primer lugar; pero, si insistes en ello, me agradaría conocer detalles de lo que te ha sucedido.

—Ha sido obra de Djuttus, mi gobernador general. Simplemente, quería desposeerme de mis derechos al trono de los Superiores.

—Vamos, una especie de Primer Ministro, corroído por la ambición de ser algo más.

—Justamente —confirmó Lyra.

—¿Quería casarse contigo?

—No, y eso es lo que más me extraña. Yo creo que todo esto procede de nuestras diferencias de opinión sobre política exterior.

—Eres reina, pero ¿tienes derecho a gobernar? —se extrañó Robur.

—Puedo adoptar decisiones en casos muy determinados, como era un conflicto armado. La guerra con los hombres-rayo es inminente y Djuttus no quería intentar la negociación. Yo prefería tratar con Tubabai, rey de los hombres-rayos, y ver de llegar a un acuerdo satisfactorio. De una guerra, nunca se derivan beneficios para los contendientes, ni siquiera el victorioso resulta beneficioso.

—En eso estamos de acuerdo. De modo que Djuttus no quiere tratar con Tubabai.

—Así es. Y como yo tenía gente que apoyaba mis propósitos, juzgó que lo más conveniente era hacerme desaparecer.

—Entregándote a la voracidad de los escorpiones gigantes.

—En efecto, aunque yo creí que me daría muerte en el propio palacio. Anoche, cinco o seis individuos, fieles hasta la muerte a Djuttus, irrumpieron en mis habitaciones, dieron muerte a mis dos doncellas y me trajeron aquí. Me ataron a los árboles… y no recuerdo más, hasta que me he despertado a tu lado.

—Es curioso —observó Robur—. Una sola tenaza de un escorpión podía haberte partido en dos y, sin embargo, no te atacaron. ¿Por qué?

—Tal vez habían hecho alguna presa recientemente y estaban ahítos. Es la única explicación que se me ocurre, Robur.

—Sí, la más convincente, no cabe la menor duda. Pero cuando yo intervine, apenas si te quedaban ya unos segundos de vida.

Los ojos de Lyra eran grandes, rasgados con unas hermosas pupilas de color gris azul, muy claras. Miraban a su salvador con inequívoco brillo de gratitud.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí —aseguró—. Y si un día recupero mi trono, te prometo que tendrás un elevado puesto a mi lado. Es decir, si decides permanecer en Thanitzar.

—A juzgar por las circunstancias, temo que no me queda otro remedio —sonrió Robur.

* * *

—Ahora, y aunque sea a grandes rasgos, ya conoces mi historia. ¿Cómo has llegado tú a Thanitzar, Robur? —quiso saber la muchacha.

El joven suspiró.

—Era comandante y propietario de una astronave comercial —explicó—. Injustificadamente, mis hombres se amotinaron, me embarcaron en un bote de salvamento y me largaron al espacio. Encontré este planeta, y eso es todo, Lyra.

Ella sonrió.

—Quizá deba estar agradecida también a los amotinados —dijo.

—Para ti, ha sido una suerte, en efecto. Y, pese a todo, me alegro de haberte salvado la vida. Dime, Lyra, ¿qué proyectos tienes para volver a tu trono?

—No lo sé —contestó la joven desanimadamente—. Imagino que Djuttus habrá dado a mi pueblo una convincente explicación de mi ausencia y se habrá arrogado las funciones de rey, sin apenas oposición. El ejército estaba bajo su mando directo.

—Entiendo —dijo él.

—Incluso ha sido capaz de celebrar funerales en mi honor y me trataría de impostora si yo quisiera volver a Thanitzar. Es todo lo que puedo decirte, Robur.

—Que ya es suficiente, Lyra. Me gustaría ayudarte, pero no sé cómo. Sólo soy un hombre…

Lyra sonrió amargamente.

—De tener cientos de miles de súbditos, he pasado a contar con un solo seguidor —comentó —. Deprimente, ¿no?

—la vida tiene, a veces, estas ironías. A mi me sucede algo parecido, aunque a escala infinitamente menor, claro.

—A pesar de todo, me alegro de haberte encontrado. Vivir es lo primero, ¿no crees?

Robur sonrió complacido.

—Sana filosofía —aprobó —. ¿Puedo preguntarte ahora qué hacemos?

Lyra meditó un momento.

—Se me ocurre una idea —dijo—. No obstante, me gustaría contar con tu aprobación, antes de llevarla a la práctica. Eres hombre experimentado y valiente, y pienso que tus consejos pueden ser de gran valor.

—Gracias, Lyra —sonrió Robur—. Pero de experimentado, tengo muy poco. Y si no, basta recordar el motín a bordo de mi nave que no supe prevenir a tiempo… Pero, ¡bah!, eso es ya agua pasada. ¿En qué consiste tu idea, Lyra?

—Verás, Robur. En Thanitzar todos deben de creerme muerta. Me gustaría ir a la capital y moverme de incógnito, para conocer la opinión de sus habitantes. Sólo así, creo, podría hacer algo para volver a mi trono y castigar al traidor.

—La idea es buena —aprobó él—. Pero, imagino, debes de ser muy conocida por tu pueblo. ¿No podrías cambiar de aspecto, a fin de evitar contratiempos?

—No se me ocurre cómo…

—Yo pensaré algo —dijo Robur—. ¿Hay mucha distancia de aquí, a tu ciudad?

—Francamente, no lo sé. He estado desmayada muchas horas y no sé el tiempo que emplearon en traerme hasta la cueva de los escorpiones.

Robur se levantó y oteó el horizonte.

—No conozco el terreno —dijo.

Lyra se puso en pie, sujetando la manta con una mano. Con la otra, recogió el sujetador y los pantaloncitos, hechos de una piel moteada suave y agradable al tacto.

—Al acto criminal, añadieron el ultraje de despojarme de mis

ropas —explicó.

—Si el ultraje sólo consistió en desnudarte…

Lyra enrojeció vivamente.

—Sólo me quitaron las ropas —insistió—. Dispénsame, voy a vestirme, Robur.

Lyra se alejó al otro lado de unos matorrales. Cuando volvió, encontró a Robur entregado a la tarea de cubrir con ramajes el astrobote.

—No quieres que descubran esa máquina voladora —adivinó.

—Exactamente —sonrió él.

Lyra le ayudó en la tarea. Poco después, estaban dispuestos para emprender la marcha.

Robur llevaba a la espalda una mochila, que contenía algunos elementos que pensaba podían serle de utilidad. Los amotinados, salvo dejarle el combustible justo para llegar al planeta, no habían tocado nada en el astrobote.

—Y en un salvavidas —se dijo—, hay muchas cosas útiles que un día, tal vez pueden tener aplicación en un caso concreto.

—Cuando quieras, Lyra.

Ella le dirigió una sonrisa desvaída.

—Tengo que confesarte algo, Robur —manifestó—. No he salido mucho de la ciudad y me temo que no voy a saber encontrar el camino de vuelta.

Robur se quedó desconcertado unos instantes. Pero antes de que pudiera hacer o decir algo, sonaron voces humanas a corta distancia.

* * *

Robur agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella hacia unos arbustos cercanos. El escondite, observó desolado, no era, sin embargo, demasiado seguro.

Un hombre gritó:

—¡Alguien ha soltado a la mujer! ¡No puede estar muy lejos! ¡Búsquenla por todas partes, rápido!

Dos o tres hombres, jinetes en unos extraños animales, a primera vista capaces de alcanzar grandes velocidades, aparecieron ante los ojos de la pareja. Los soldados iban armados con largas lanzas, y,

además, terciadas a la espalda, llevaban una especie de ballestas, que parecían disponer de una gran potencia de impulsión.

Los animales eran más bien bajos, semejantes a gigantescos perros *basset*, pero dotados de cuatro pares de patas. Esto les permitía alcanzar una exorbitante velocidad, a la vez que los movimientos de su lomo resultaban cómodos para el jinete.

—¡Maten a la mujer si la encuentran! —repitió la misma voz.

—Durahr, el hombre de confianza de Djuttus —musitó la muchacha.

Robur se vio en una crítica situación. Podía usar su multipistola, pero su escasez de municiones era alarmante.

—No nos va a quedar otro remedio que darnos un baño —dijo en voz baja.

Y se arrastró hasta el cercano río, en el cual se sumergió sin vacilar, seguido de Lyra.

La joven comprendió que el enfrentamiento armado les resultaría desfavorable y aprobó mentalmente la actitud de Robur. Llenándose los pulmones de aire, se deslizó en silencio bajo las aguas y esperó.

De cuando en cuando, asomaban la nariz para respirar. Robur dejó pasar todavía un buen rato, antes de arriesgarse a abandonar su escondite.

—Aguárdame, Lyra —dijo.

Ella permaneció en el mismo sitio, con los nervios en tensión. Robur volvió minutos más tarde.

—Se han ido —informó, a la vez que tendía una mano para ayudarla a salir de las aguas.

Lyra se inclinó a un lado, para escurrir su cabellera, que le llegaba hasta más abajo de la cintura. Robur le entregó un trozo de cinta.

—Atate el pelo, estarás mejor —aconsejó.

Ella obedeció.

—¿Los has visto marcharse? —preguntó.

—No, se habían ido ya, aunque no pude ver la dirección que tomaron. Podría habernos resultado muy útil.

—Las huellas de los perros octópodos, tal vez…

—Tienen las patas con la planta muy blanda. Además, su misma constitución hace que el peso se reparta mejor y no quede señal en

el suelo —contestó Robur.

Lyra exploró el paisaje con la vista. Luego extendió la mano:

—Creo que ésta es la dirección correcta, Robur —dijo.

—Entonces, ¡adelante!

CAPÍTULO III

El enmascaramiento de mi bote resultó perfecto. Hurahry sus hombres se sintieron incapaces de descubrirlo —manifestó Robur, un par de horas más tarde.

—¿Tiene ese aparato mucha importancia para ti? —preguntó Lyra.

—En cierto modo. Es el último lazo que me une a mi civilización. Puede que ya no me sirva de gran cosa, pero mientras sepa dónde se encuentra, tendré la esperanza de poder volver con los míos. Y, ¿quién sabe?, tal vez algún día encuentre la forma de fabricar la materia que sirva para moverlo.

—Te lo deseo sinceramente, Robur. ¿Tienes familia?

—No… bueno, mis padres murieron hace poco. Me quedan dos hermanos, pero ambos están casados y tienen hijos… La muerte de mis padres se produjo en un desgraciado accidente de tráfico interestelar.

—Lo siento —dijo Lyra—. ¿Saben tus hermanos que estás aquí?

—No. Nos vemos muy poco. Nuestras vidas caminan por rumbos muy distintos. Ellos son más bien sedentarios, en tanto que yo… Pero no quiero abrumarte con el relato de cosas que no tienen importancia.

Lyra le dirigió una mirada encantadora.

—Me gustaría conocer más cosas de ti, de tu mundo, tan distinto, supongo, al mío… Háblame, te lo ruego —solicitó.

Robur accedió. El relato del terrestre, abandonado por su tripulación amotinada, fascinó a la muchacha.

—Algún día, si fuese posible, me gustaría conocer la tierra —dijo, en una pausa del relato de Robur.

—Te acogerían con honores de reina, por supuesto. Pero me extraña que sólo seas reina de una pequeña porción del planeta. Ahora los reyes y jefes de Estado lo son en sentido planetario.

—En este mundo hay cuatro estados o naciones —explicó Lyra —. Yo pertenezco a la de los Superiores.

—¿Por qué ese nombre, Lyra? —preguntó Robur.

—Somos lo más inteligentes y civilizados del planeta, además de los seres de figura mejor conformada —replicó ella orgullosamente.

—Quizá los otros opinan de manera muy distinta —Robur pensó que no valía enzarzarse en una disputa sobre racismos planetarios —. Dime, ¿cómo son los restantes habitantes de Thanitzar?

—Thanitzar es el nombre de mi país —dijo Lyra—. El planeta se llama Egh-Un. En cuanto a los otros habitantes, son los Selváticos, que viven en los bosques; los hombres-rayo y los gigantes de Gridor. Cuatro naciones y cuatro razas.

—Entiendo los sobrenombres de Selváticos y Gigantes, pero, ¿por qué a la cuarta raza la llamas de los hombres-rayo?

—Son rápidos y veloces como el rayo —contestó Lyra lacónicamente.

Robur creyó entender existían sustanciales diferencias entre las cuatro naciones. Los comentarios hechos por Lyra, horas antes, abonaban tal suposición.

—En tal caso —dijo—, la guerra entre los Superiores y los hombres-rayo es inevitable.

—Eso me temo. Djuttus no querrá dar su brazo a torcer y Tubabai no será menos. El conflicto se producirá inevitablemente.

—¿Tardará mucho en estallar esa guerra?

—Algunos días, quizás horas —contestó la muchacha en tono sombrío.

* * *

Acamparon a la orilla de un arroyo, en un lugar de fácil defensa para caso de un ataque. Lyra encontró un arbusto, cuyas ramas arrancó, para formar con ellas un semicírculo en torno al campamento. Los extremos de la línea de hojas y ramas acababan en el río.

—El olor de esa planta ahuyenta a los escorpiones gigantes —explicó mientras trabajaba activamente.

—Las cosas que uno aprende —sonrió Robur, mientras se preocupaba de encender el fuego.

La noche transcurrió con relativa calma. Robur oyó muchos sonidos raros, desconocidos en su inmensa mayoría para él. A lo lejos creyó percibir el estremecedor tableteo de las tenazas de un escorpión gigante.

Cerca de la madrugada, un ser humano emitió un horrible

alarido, pero su voz se acalló casi en el acto. Los tableteos se reprodujeron con mayor intensidad.

—Un escorpión gigante ha encontrado ya su desayuno —murmuró.

Llegó el nuevo día. Lyra encontró unas frutas, que les sirvieron para saciar doblemente la sed y el apetito.

—Creo que dijiste que no conocías mucho estas tierras —comentó Robur.

—Las tierras, no, desde luego, pero sí los frutos —sonrió ella.

Poco después, levantaban el campamento. A lo lejos se veía un gigantesco bosque, que ocupaba todo el horizonte. A la derecha se divisaba una altísima cadena de montañas, cuyas cumbres blanqueaban en su mayor parte.

La ruta que llevaban les hizo adentrarse en un espacioso valle, por cuyo centro corría un anchuroso río. Como precaución, Robur caminó buscando los lugares menos visibles. En su interior, estaba persuadido de que Lyra había tomado la dirección equivocada.

No era posible, se dijo, que Thanitzar estuviese tan lejos. Habían caminado durante varias horas la víspera y ya llevaban otras tres por la mañana. Por ninguna parte se divisaba el menor rastro de una ciudad.

De repente, se oyó un estridente chillido.

La mano de Lyra se crispó sobre uno de los brazos de Robur.

—¿Has oído? —preguntó.

—Sí, un grito muy poco agradable…

El sonido se repitió, increíblemente agudo. Lyra estaba muy pálida.

—Hombres-rayo —dijo.

Robur desenfundó su pistola en el acto. Luego buscó con la mirada un lugar adecuado para defenderse.

Más chillidos sonaron en las inmediaciones. Al otro lado se oyó algo parecido a una gran trompa de caza.

—Soldados superiores —identificó Lyra.

—Tenemos que escondernos —dijo Robur—. Ven, date prisa.

—Me presentaré a mis soldados…

—Si todos son como los de ayer, puedes considerarte muerta. ¡Ven!

Lyra ya no se atrevió a resistirse. Robur la condujo hasta un

gigantesco árbol cercano, cuya horquilla comenzaba a un par de metros del suelo. Robur situó a la muchacha sobre la horquilla y Lyra empezó a trepar inmediatamente en busca de las ramas superiores.

Robur la siguió sin pérdida de tiempo. A veinte metros del suelo, ocultos por un espeso follaje, se detuvieron, jadeantes y sudorosos, esperando a cada momento ser testigos de un terrible combate.

* * *

Un hombre pasó a los pocos momentos por debajo del árbol, corriendo a increíble velocidad. Robur se quedó estupefacto.

El individuo era delgadísimo, con brazos y piernas que parecían de alambre forrado de piel amarillenta y con un tronco apenas mayor que el muslo de un hombre corriente. La cabeza era picuda hacia la nuca, formando una especie de cono de negro vello, muy rizado.

La velocidad del hombre-rayo era asombrosa. Parecía una mancha de color, desaparecida apenas entrevista.

Un Superior, cabalgando sobre un perro-octópodo, corría tras el delgadísimo individuo. Comparado con éste, el animal de ocho patas parecía una tortuga.

Más Superiores se hicieron visibles, lanzando agudos chillidos de furia contra los hombres-rayo. Blandían sus largas lanzas y, en medio del pelotón de jinetes, el músico hacía sonar fuertemente su trompa, lanzando al aire bélicas notas de ataque.

De repente, dos hombres-rayo se cruzaron con velocidad relampagueante ante los primeros jinetes. Se oyeron unos aullidos de rabia, seguidos de dos alaridos de dolor.

Dos jinetes rodaron por la hierba, en medio de terribles convulsiones. Robur pudo apreciar en los respectivos pechos sendos ástiles de flechas, disparadas por los hombres-rayo con unos pequeños arcos, apenas mayores que uno de sus brazos. Pero los hombres-rayo no eran menos rápidos disparando que moviéndose a la carrera.

El pelotón de jinetes se dividió en dos mitades.

—Error, craso error —calificó Robur a media voz.

Otros hombres-rayo surgieron a la espalda de los jinetes. Los

arcos funcionaron de nuevo y cuatro Superiores rodaron por la hierba.

Las notas de la trompa se quebraron súbitamente cuando una flecha traspasó la garganta de su instrumentista. Enloquecido de pavor, el perro-octópodo escapó a galope tendido.

Alguno de los atacantes cometió también su correspondiente error. Uno de los hombres-rayo se detuvo ante uno de sus enemigos, desafiándole con gestos de burla, seguro de esquivar la inmediata acometida, pero no tenía ojos en la espalda y, por ello, no pudo ver la carga de otro jinete, que se le arrojó encima, lanza en ristre.

La lanza atravesó fácilmente un delgado cuerpo, que se agitó epilépticamente al ser izado a lo alto. El jinete movió la lanza en semicírculo y el hombre-rayo salió despedido a gran distancia.

Otro jinete lo paró con su lanza. El hombre-rayo ya no sentía nada.

Pero la batalla estaba ganada de antemano por los hombres-rayos. A pesar de que sufrieron dos bajas más, unos minutos después, la patrulla montada había sido exterminada.

Dos de los jinetes intentaron escapar a todo galope. Los hombres-rayo les dieron alcance sin dificultad alguna. Robur calculó que cuando ponían en la carrera el máximo de su potencia muscular, eran capaces de llegar a los ochenta y aun noventa kilómetros a la hora.

Los hombres-rayo se alejaron a todo correr. Robur cambió una mirada con Lyra.

—Realmente, tienen merecido el nombre —dijo—. Son veloces como el rayo.

—Si se enfrentan en una batalla con los Superiores, ganarán. Y los hombres-rayo no dan cuartel a sus prisioneros —declaró la muchacha tristemente.

—Tu ejército quedará deshecho —auguró Robur.

—¿Comprendes ahora por qué tenía yo tanto interés en negociar?

—Sí, tienes razón. En la negociación se pueden limar diferencias y ceder cada bando una parte de sus pretensiones. Pero cuando las armas tienen la última palabra…

De repente, debajo de ellos se oyó un gemido.

—Robur, hay un superviviente —dijo Lyra, muy excitada.

—No creo que viva mucho —contestó él—. Si es ése que se mueve, tiene nada menos que tres flechas en el estómago.

—Lo sé, pero me gustaría tratar de hablar con él. Podrá darnos informes interesantes, Robur.

—Si lo crees conveniente, no discutamos más. Sin embargo, deja que yo baje primero. No me gustaría sufrir una sorpresa poco agradable.

Lyra se mostró conforme con la decisión del terrestre. Momentos después, Robur le hacía señas desde el suelo con la mano de que el terreno estaba despejado.

CAPÍTULO IV

Robur vigilaba, mientras Lyra conversaba con el agonizante. La pistola estaba preparada a todo evento.

El moribundo dijo:

—Formábamos parte… de una patrulla de exploración… Teníamos orden de rehuir el combate en lo posible, pero no creíamos que los hombres-rayo estaban tan cerca de nosotros.

—Sin embargo, pelearon con ellos —dijo Lyra.

—Queríamos capturar un par de prisioneros para interrogarles… Esas eran nuestras órdenes…

—No me explico cómo, sabiendo lo rápidos que son los hombres de Tubabai, admitieron trabar combate —intervino Robur.

—Resultó inevitable, ¿no es así? —dijo Lyra.

El herido asintió.

—Pero enfrentarse con lanzas a unos hombres que les aventajan en velocidad…

—Los portadores de las redes cayeron en primer lugar —explicó el herido.

—¡Ah, redes! —murmuró Robur—. Quizá sea el único medio para vencer a esas gacelas con figura humana.

—¿No puedes decirme más? —preguntó Lyra—. ¿Sabes dónde está nuestro ejército?

—En… en el valle de Ohjtar… en el lado opuesto a la catarata… Parece que allí será la batalla definitiva…

Lyra se aterró.

—¡Están perdidos! ¡Djuttus no podía haber elegido un terreno peor para combatir! —exclamó.

—¿Conoces tú ese valle, Lyra? —preguntó Robur.

—Sí. Está en…

El moribundo levantó repentinamente una mano.

—Tú… te pareces mucho a nuestra reina… —jadeó.

—Soy tu reina —protestó ella.

—No… no puede ser. Esta mañana… la vimos, con su corte… dirigiéndose al valle de…

La cabeza del soldado se dobló bruscamente. Su cuerpo sufrió un fuerte estremecimiento y luego se aquietó lentamente.

Lyra se levantó, atónita.
—Robur, ¿has oído? —exclamó.
—Sí, perfectamente. Extraño, ¿no?
—Pero no puede ser… La reina soy yo…
Robur hizo un gesto ambiguo.
—Debo creer en tu palabra, puesto que tú lo dices. Pero también he de creer a ese desdichado —contestó.
—Deliraba en la agonía…
—No. Estaba seguro de lo que decía, Lyra.
—Entonces, ¿tú no crees que yo…?
—Lyra, soy extranjero en este planeta —respondió él gravemente—. Por principio y conveniencia, debo mantenerme neutral, lo que no significa que no te ayude en cuanto pueda. ¿Por qué no vamos a tu capital para ver realmente lo que sucede?
—Quiero esperar —decidió ella—. Muy pronto se producirá una batalla. Tendrá resultados funestos para mi ejército, créeme.
—¿Tan mal ha elegido Djuttus el terreno?
—Quiere aplastar a los hombres-rayo y conozco de sobra sus intenciones al respecto, pero si fuese un traidor a los Superiores, no obraría de peor manera.
Robur movió la cabeza.
—Esas son las consecuencias de poner al frente de un ejército a un estratega de salón —murmuró—. Bien, ¿nos vamos?
—Lo que tú digas, Robur.
La voz de Lyra era tensa. Su rostro mostraba una fuerte agitación.
—Alguien nos está mirando desde aquellos arbustos cercanos —dijo, señalándolos con un simple movimiento de ojos.
—No te muevas —aconsejó el en voz baja—. Quieta hasta que yo te lo ordene.
—Si, Robur.
El pulgar del terrestre accionó uno de los dispositivos de su multipistola. No eran animales con los que tenía que enfrentarse, sino seres humanos.
De repente, se oyeron unos atroces chillidos. Dos hombres-rayo abandonaron el escondite y cargaron con increíble rapidez contra la pareja.
Robur observó que no llevaban arcos. Empuñaban unas largas y

delgadas espadas, que oscilaban como látigos de metal plateado.

—¡Al suelo, Lyra!

La muchacha obedeció en el acto. Robur hizo fuego una vez.

El proyectil perforante del 45 hizo blanco en un cráneo piriforme, que estalló como una bomba. Un cuerpo humano, prácticamente decapitado, corrió todavía una docena de pasos, antes de derrumbarse por tierra, convertido en una masa inerte.

El otro atacante se desconcertó, tanto por la muerte de su compañero como por el estruendo del disparo. Vaciló, refrenó su carrera y ello resultó un error que ya no pudo corregir.

Robur disparó de nuevo. El hombre-rayo se elevó casi un metro del terreno, en un salto convulsivo, antes de caer muerto sobre la hierba.

Lyra se sentía estupefacta. Robur no le permitió hacer preguntas sobre lo ocurrido.

—Larguémonos, antes de que vengan más súbditos de Tubabai —dijo.

* * *

Pasaron la noche en la copa de un árbol. Habían entrevisto patrullas de uno y otro bando, recorriendo el terreno, y Robur juzgó que las alturas eran el mejor lugar para refugiarse.

También habían presenciado otro choque entre dos patrullas enemigas. Esta vez, sin embargo, los Superiores no se dejaron sorprender y usaron sus redes con sorprendente eficacia, aun a costa de sufrir varias bajas.

Pero una docena de hombres-rayo quedaron enredados en las mallas de las redes. En vano lucharon por escapar.

Sus enemigos los acribillaron a lanzazos sin piedad. Los chillidos de los hombres-rayo herían los oídos espeluznantemente.

—Si mi ejército dispusiera de muchas armas como la tuya —suspiró Lyra, a salvo ya en una cómoda horquilla de árbol, situada a quince metros del suelo.

—Mi multipistola se convertirá muy pronto en un trasto inútil —contestó Robur con amargura —. Sólo me quedan diecisiete cargas termosolares, otras tantas destructoras y dieciséis proyectiles perforantes. No me importaría demasiado si pudiera reponer las

municiones consumidas, pero eso es algo en lo que no debo soñar siquiera.

Lyra asintió. Robur había acomodado un poco las horquillas respectivas, colocando algunas ramas transversales, atadas con fibras vegetales, y cubriéndolas después con abundancia de hojas.

—Ahora parecemos Selváticos —comentó, Robur con una sonrisa.

—¿Lo dices porque vamos a pasar la noche en un árbol? No lo creas; les llamamos Selváticos porque viven preferentemente en las zonas con abundancia de bosque, pero su capital es muy grande y, aunque los edificios, en su mayoría, están construidos, con troncos, tablas y otras cosas, pero, sobre todo, las murallas, están hechas de gruesas piedras y permiten resistir un asedio en toda regla.

Robur lanzó un bufido.

—Por lo que se ve, en este planeta, todo el mundo vive para la guerra —dijo en tono disgustado.

La noche transcurrió con tranquilidad. Después de amanecer, reanudaron su marcha.

A media mañana, alcanzaron una colina, desde la cual se divisaban en toda su extensión el valle de Ohjtar.

Y los dos ejércitos, situados frente a frente, parecían prepararse ya para la batalla inminente.

* * *

Robur se acordó de pronto de los prismáticos que llevaba en su mochila. Con ayuda del aparato óptico pudo apreciar con todo detalle las dos formaciones enemigas.

Sufrió una ligera decepción. Había pensado encontrarse con sendos ejércitos compuestos cada uno por cien o doscientos mil hombres y, en lugar de ello, veía dos grupos de contendientes, ninguno de los cuales alcanzaba los diez o doce mil soldados.

Los Superiores se encontraban en una colina situada casi en el centro de la planicie del valle, a unos doscientos metros de altura sobre los terrenos circundantes. La colina era larga, formando una especie de caballón de más de mil metros de largo por unos trescientos de ancho.

Sin embargo, sus pendientes eran muy suaves.

—¿Lo ves, Robur? —dijo Lyra—. El ejército de Tubabai atacará al de Djuttus y lo atravesará una y otra vez, como si fuese un cuchillo caliente en un taco de grasa animal. Ni las redes lograrán contenerlos siquiera.

Los hombres-rayo se hallaban a unos mil metros de distancia. Sobre sus cabezas, a unos cincuenta o sesenta metros de altura, se veía la espejante superficie de un extenso lago, que desaguaba por el borde de un precipicio casi vertical. Sin embargo, la catarata así formada no tenía demasiado caudal.

Ambos ejércitos parecían expectantes, relativamente tranquilos, sus soldados. De repente, en la colina ocupada por lo Superiores, se oyó un sonoro trompeteo.

Unos enormes artefactos hicieron su aparición en la cumbre. Robur, que tenía los prismáticos en las manos, se quedó estupefacto al ver aquellos colosales cañones, cuyo calibre no era inferior a un metro.

Las piezas eran de un tamaño gigantesco y estaban montadas sobre cureñas de dimensiones adecuadas. Para situarlas en posición, se necesitaba el esfuerzo conjunto de centenares de soldados.

En el campamento enemigo se notó un movimiento de inquietud. De súbito, se oyó en la colina un sonoro trompetazo.

Diez o doce mil hombres se tendieron instantáneamente en el suelo. Unos segundos después, las cuatro piezas hicieron fuego en rápida sucesión.

La velocidad inicial de los gigantescos obuses no era demasiado grande. Cuatro masas oscuras, fácilmente perceptibles a simple vista, hendieron el aire con horribles zumbos, de tonos tétricamente oscuros.

Aquellos obuses más bien parecían torpedos, debido a su desmesurada longitud, más de cinco metros, calculó Robur. En cuanto al medio de impulsión, debido a la casi total ausencia de estampido en los cañones, supuso debía de haberse empleado un gas comprimido a altísima presión.

Los proyectiles chocaron contra el muro de contención del lago y rompieron con espantoso fragor, uno tras otro. Miles de cabezas de hombres-rayo se encogieron instintivamente al ver pasar aquellos objetos por encima de ellos. Pero casi fue todo lo que pudieron, hacer.

CAPÍTULO V

Los obuses debían de contener un explosivo de enorme poder de deflagración. El muro saltó como si hubiese sido de simple ladrillo.

La brecha abierta medía más de cien metros. Una colosal oleada de agua se abatió bruscamente sobre el ejército situado con tanta imprudencia al pie del lago.

Los hombres-rayo huyeron despavoridos. Pero ni su misma velocidad consiguió salvarles de la catástrofe.

Muchos habían perecido a consecuencia de la onda explosiva, la metralla y los cascotes causados por las explosiones sucedidas sobre sus cabezas. La inmensa mayoría fueron engullidos por las aguas que se deslizaban hacia el valle con velocidad aterradora.

Los Superiores se agruparon en la parte más alta de la colina. Por unos momentos pareció, que las aguas iban a anegar la posición pero Djuttus había resultado ser mejor estratega de lo que Robur había pensado, quizás un tanto despectivamente, aunque, en todo caso, de una forma muy aventurada.

La colina resultó ser un excelente parapeto natural que aguantó en primer lugar la oleada de agua y luego la dividió en dos mitades, que se extendieron por el valle. El lago continuaba derramándose por la brecha abierta, pero era solamente cuestión de tiempo que alcanzara su nuevo nivel.

Después, las aguas descenderían en el valle y el río así formado volvería también a su cauce.

—Pasarán días en la colina —aventuró Lyra.

—Djuttus ha demostrado ser un formidable general —dijo Robur, admirado—. Quien ha sabido destruir un ejército enemigo de un solo golpe, no habrá sido tan descuidado como para no haber hecho acopio de las provisiones suficientes para unos días aislados en la colina. Además, el nivel de las aguas, probablemente, descenderá con mayor rapidez de la que piensas.

De repente, se observó un extraño movimiento en la colina. Intrigada, Lyra pidió los prismáticos a su acompañante.

Robur se los cedió, no menos extrañado por aquel grupo de soldados, que acudían a la orilla del agua. A pesar de la distancia, pudo ver que capturaban a un hombre-rayo.

—Es Tubabai, el rey —identificó Lyra.

Robur meneó la cabeza.

—Lo compadezco —dijo.

Mientras, los Superiores alanceaban despiadadamente a todo hombre-rayo que quería ganar la tierra firme de la colina. Muchos preferían dejarse ahogar antes que morir a manos de sus adversarios.

Algunos, no obstante, habían conseguido escapar a la catástrofe, pero su número, evaluó Robur, no llegaba a los quinientos. Además, se habían dispersado de una manera desorganizada, perdida la moral por completo.

—Han encadenado a Tubabai —dijo Lyra de pronto—. Parece como si le quisieran respetar la vida, Robur.

—¡Hum! —dudó el terrestre—. Eso me huele a desfile triunfal en la capital. El vencedor lo llevará encadenado a su carro y luego lo decapitará públicamente, para regodeo y satisfacción de la plebe y su propia autoglorificación.

Lyra continuaba explorando la colina con los prismáticos. De súbito, lanzó una fuerte exclamación.

—¿Qué te sucede? —preguntó Robur, alarmado.

—No… no es posible… Esa mujer que está allí no es…

Lyra temblaba como hoja seca. Intrigado, Robur le quitó los prismáticos.

Bajo un toldo multicolor, lánguidamente tendida sobre una lujosa litera descubierta, había una hermosa mujer, ataviada con ricas joyas y telas de gran valor y vistosos colores.

En torno a sus rubios cabellos llevaba una especie de diadema de metal y piedras preciosas. La estupefacción de Robur no fue menor que la de su bella acompañante.

—¡Demonios! —exclamó—. Lyra, ¿estás segura de no tener una hermana gemela?

—Soy hija única —protestó ella altivamente.

—Entonces, no hay más que dos soluciones: o esa mujer que está bajo el toldo es un doble perfecto tuyo… o tú eres su doble, no menos perfecto en semejanza, Lyra.

* * *

La muchacha se sentía profundamente deprimida.

—Han puesto en mi lugar a una mujer muy parecida físicamente a mí —insistía una y otra vez.

Robur no sabía qué decir para consolar a la muchacha.

Por un lado, le parecía que Lyra hablaba con absoluta sinceridad. Pero, por otro, y no cabía la menor duda, había visto a la reina de los Superiores.

Las muestras de acatamiento y deferencia que había visto prodigar a la mujer tendida en la litera no eran ninguna comedia. A Robur le había parecido completamente natural la actitud de cuantos se acercaban a saludarla.

Hacía rato ya que había llegado la noche. Como las precedentes, habían elegido las ramas de un árbol para refugio.

—¿Puedo hacerte una observación, Lyra? —consultó Robur, después de las últimas palabras de la muchacha.

—Sí, dime, te escucharé con mucho gusto —accedió ella.

—Y yo te hablaré con absoluta franqueza. Lyra, si la mujer que está en la colina es una impostora, veo muy difícil que puedas luchar contra esa impostora…

—Muchos me conocen.

—Pero el prestigio de Djuttus ha crecido enormemente después de esta batalla, en la que, con un solo golpe, ha aniquilado a un enemigo que parecía invencible. ¿No es cierto que Djuttus, al menos en público, pasaba por un servidor fiel y leal a su reina?

—Sí, eso es verdad —admitió Lyra.

—Entonces, ¿quién dudará de su palabra cuando afirme que la auténtica reina de los Superiores es la que está a su lado?

Lyra se mordió los labios.

Los argumentos de Robur parecían incontestables.

—Y si la impostora eres tú y pretendes reclamar algo que no te pertenece y que es tan valioso como el trono de Thanitzar, a Djuttus le costará tan poco ordenar que te corten la cabeza, como pedir el desayuno por las mañanas — remató Robur sus alegatos.

—Ese hombre sería capaz de matarme —se estremeció ella.

—No lo dudes en absoluto, ni por un momento —aconsejó Robur —. Si descuidas este consejo, empieza a pensar ya en tu última voluntad.

Lyra le miró afligidamente.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —preguntó.

—¿Cuántos años tienes? — quiso saber el.

—Eres joven. Tienes toda una vida por delante. Te sobra tiempo para esperar pacientemente el momento más oportuno para dar a conocer tus derechos.

—Robur, tú mismo oíste al capitán Hurahr después que descubrió que había escapado de los escorpiones gigantes. Eso te demostrará que no te miento.

—Sí, pero Djuttus es muy astuto. No anunció la noticia de tu muerte, sino que raptó secretamente y colocó a la otra en tu lugar. Demuestra ahora tu auténtica personalidad. ¿Tienes pruebas, alguna señal de nacimiento que pueda ser Identificada por otras personas? Y aunque así sea, ¿crees que Djuttus no habrá hecho reproducir esa señal en el cuerpo de la actual reina de Thanitzar?

—Tú encuentras muy pronto una respuesta para todos mis problemas —dijo ella, un tanto despechada.

—Simplemente, expongo la realidad de los hechos —contestó Robur llanamente.

* * *

El nivel de las aguas bajó lo suficiente veinticuatro horas más tarde para permitir a los Superiores emprender el regreso a la ciudad.

Djuttus cabalgaba altivamente sobre un perro-octópodo. Escoltada por un pelotón de fornidos jinetes, la otra Lyra viajaba en su litera, sostenida por cuatro individuos de una estatura tan colosal, que Robur se quedó estupefacto.

—Miden más de tres metros —dijo.

—Son Gigantes hechos prisioneros hace tiempo —explicó ella.

—¿Ha luchado tu pueblo con ellos?

—Hace muchos años. Yo no había nacido siquiera.

El ejército desfiló pausadamente, sin prisas. Robur se preguntó dónde podría estar el rey prisionero.

Lo vieron a la cola de la columna, en una jaula hecha de delgados barrotes de madera, unidos con fibras vegetales y sostenida por cuatro toscas ruedas, hechas de sendas secciones de tronco de árbol, más o menos cilíndrico. Dos canes de ocho patas

tiraban de la jaula, a ambos lados de la cual caminaban dos soldados, armados con lanzas y ballestas.

—No entiendo por qué Tubabai ha de ir a la cola, en lugar de, por ejemplo, en el centro, fuertemente escoltado —dijo Robur.

—De este modo, traga todo el polvo de los adversarios que le han vencido —explicó la muchacha.

—Oh, ya comprendo. Una refinada forma de humillarle.

A Robur le empezó a bailar una idea en la cabeza.

Tubabai había sido vencido, era cierto, y pocos de sus seguidores habían salido con vida de la batalla relámpago. Pero, quizás, en el futuro conviniera tenerlo como amigo.

—Voy a liberarlo —dijo de repente.

Lyra se sobresaltó.

—Estás loco —le apostrofó.

—Luego te explicaré por qué quiero soltar a Tubabai —musitó él.

Reflexionó un instante y se volvió hacia Lyra.

—¿Cuál es el grado de fiereza de los octópodos? —preguntó.

—Si no están bien amaestrados, pueden dar más de un disgusto. Pero yo sé cómo manejarlos —respondió Lyra.

—Entiendo. Procura calmarlos y evitar que salgan a galope, apenas me haya deshecho yo de los vigilantes.

—De acuerdo… aunque no sé por qué voy a ayudarte en semejante disparate. Tubabai es mi enemigo…

—¿No eras tú la que hablabas de negociación? Si eres la auténtica Lyra, ¿qué mejor momento para discutir con tu adversario?

Lyra se mordió los labios, comprendiendo lo acertado del reproche. Robur se dispuso a actuar.

El carro con el prisionero rodaba un poco separado de las últimas filas del ejército vencedor. Robur caminó paralelamente al vehículo durante unos metros, hasta hallar un lugar apropiado, donde la espesura era mayor.

Entonces, actuando con la velocidad de un rayo, agarró una piedra y la disparó contra uno de los soldados de escolta. El hombre se desplomó fulminado.

Su compañero, sorprendido, se volvió, con la lanza a punto. Alguien lo atacó por la espalda, pasándole un brazo por el cuello y

apretándolo de modo que no pudiera gritar.

—Lyra —llamó Robur a media voz—, los canes.

La muchacha abandonó su refugio y se precipitó hacia los animales, que daban muestras de inquietud. Con las manos y la voz, procuró tranquilizarlos, mientras Robur arrastraba a un lado los cuerpos de los inanimados vigilantes.

Robur se apoderó también de una ballesta y una aljaba con saetas. Pensó que era un arma que podía ahorrarle municiones de su multipistola, las cuales dudaba de reponer algún día. En la cola del ejército victorioso, nadie parecía haberse dado cuenta del inesperado asalto.

—En dirección opuesta, Lyra —dijo.

—Sí, pero monta en uno de los octópodos, a fin de alejarnos con la mayor rapidez posible. Yo me ocuparé de conducir a los animales.

Era una buena idea, pensó Robur, mientras saltaba sobre el lomo del octópodo de la izquierda.

CAPÍTULO VI

Lyra demostró ser una hábil conductora. En cuanto a Robur, encontró que no resultaba tan difícil mantenerse sobre uno de aquellos extraños canes, dada la suavidad de su marcha. Aparte de ello, el terreno era lo suficientemente accidentado como para no permitir una velocidad excesiva, sin riesgo de que el vehículo volcase.

Media hora más tarde, Lyra, a indicación de Robur, refrenó a los animales en el fondo de una vaguada cubierta de espesa vegetación. Robur saltó al suelo y se acercó a la jaula.

Ubabai le miró con fiereza.

—¿Por qué no me matas? —le apostrofó.

—Podría haberlo hecho antes —contestó Robur llanamente.

—No puedo sobrevivir a esta humillación.

—Eres un ser humano y hay humillaciones peores que la de ser derrotado y capturado. Pero después de que hayamos hablado contigo, si aún lo deseas, podrás darte muerte tú mismo.

Tubabai le miró extrañado.

—¿Quién eres? —preguntó—. Tú no hablas como un Superior…

Robur sonrió.

—Tengo un aspecto muy parecido, pero no soy un Superior —contestó.

—Ella sí lo es —dijo el hombre-rayo, señalando a Lyra.

—Soy la reina de los Superiores —declaró la muchacha.

—¡Mientes! La reina viaja en cabeza de su ejército. Esta misma mañana he hablado con ella…

—Es una impostora —se sulfuró Lyra.

Robur extendió un brazo.

—No estamos aquí para discutir sobre tu personalidad —cortó el áspero diálogo—. Tubabai, queremos hablar contigo.

Los ojos del hombre-rayo escrutaron el rostro de Robur.

—Empieza, te escucho —invitó.

—Al parecer, Lyra es partidaria de negociar contigo. Una negociación, en la que ambas partes hubieran perdido parte de sus posiciones primitivas, habría resultado fructífera. Todavía, a pesar

de todo, estamos a tiempo.

—¿Negociar con vosotros? Estaría loco si aceptase…

—Has sufrido una derrota aplastante. Será difícil que te repongas de las pérdidas sufridas, Tubabai.

* * *

El hombre-rayo torció el gesto, comprendiendo que su interlocutor tenía razón.

—Mi plan era bueno —masculló.

—¿Bueno, tu plan, con todo tu ejército al pie del lago? —rió el terrestre.

—Mis generales no ejecutaron puntualmente las órdenes recibidas. Dos cuerpos del ejército debían atacar por los flancos, sorprendiendo al enemigo en el centro. Pero se retrasaron.

—¡Ah! —murmuró Robur—. De modo que todavía te quedan guerreros.

—Sí. Unos cinco mil. Cada cuerpo de ejército, de los que no llegaron a comparecer en el campo de batalla, estaba formado por dos mil quinientos hombres.

Robur sonrió.

—Ha sido tu Waterloo — dijo—. A Napoleón le pasó algo parecido, cuando Grouchy se retrasó… Bueno, pero esto ocurrió muy lejos de aquí. Tubabai, esta muchacha sostiene que la mujer que está en el trono de Thanitzar es una impostora. Si lo prueba y recobra un día su corona, ¿accederías a negociar?

—Todavía me quedan cinco o seis mil guerreros…

—Y a Djuttus quince o veinte mil. ¿Tienes veinte mil hembras en tu pueblo? ¿Puedes esperar veinte años a que sus vientres repongan las bajas que has sufrido? Si volvieras a guerrear contra Thanitzar, Djuttus podría sentir la tentación de exterminarlos totalmente, hombres, mujeres y niños. La amenaza de los hombres-rayo desaparecería así radicalmente.

Tubabai pareció vivamente impresionado por las palabras del joven.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. Todavía no sé tu nombre.

—Me llamo Robur.

—A partir de ahora, yo te daré el nombre de Khishtur. En

lenguaje antiguo de mi pueblo, significa *el-que-habla-con-sensatez*.

Robur hizo una inclinación de cabeza.

—Acepto el nombre y el elogio que significa —dijo—. Bien, ¿qué contestas a mis proposiciones?

—Negociaré si ella vuelve al trono —aceptó Tubabai.

—¿Podemos fiarnos de ti? —preguntó el joven.

—Un hombre-rayo no deja de cumplir jamás su palabra —respondió Tubabai altivamente—. Pero quiero prevenirme contra posibles engaños.

—¿Cómo? —terció la muchacha, intrigada.

Tubabai se descolgó del cuello una especie de medallón, tallado en una piedra muy dura, translúcida, de color verdoso, sobre la que se veían unos extraños dibujos, y se lo alargó a Lyra a través de la reja.

—Hay otra mujer idéntica a ti en Thanitzar. Hazte un poco de sangre y frota la piedra en ella.

Robur sacó su cuchillo y trazó una ligera incisión en el antebrazo izquierdo de Lyra.

—Luego te aplicaré un poco de celulina —dijo.

Lyra frotó la piedra contra su sangre, tal como le había ordenado Tubabai. La piedra se oscureció ligeramente unos segundos y luego recobró su color habitual.

—Aunque otra persona quisiera hacer lo mismo, ya no lo conseguiría —explicó Tubabai—. La piedra sólo recibe el influjo de la sangre una vez… ¡y yo sólo negociaré con aquella de las dos mujeres que ostente este medallón!

Robur se quedó muy impresionado de la astucia del hombre-rayo. Pero Lyra encontró una objeción:

—Pueden construir un medallón análogo…

—¿Quién conoce este secreto en tu pueblo? —replicó Tubabai.

—Una respuesta muy aguda —calificó Robur riendo—. Bien, cumple tú la palabra que has empeñado el día en que te lo pidamos. Ahora, nosotros cumpliremos la nuestra.

Sacó el cuchillo de caza y cortó algunas de las fibras que unían los barrotes de la jaula. Tubabai saltó al suelo momentos después.

—Volveremos a vernos —prometió.

De pronto, arrancó a correr y, en contados segundos, desapareció de la vista de los dos jóvenes.

Robur sonrió.

—¡Qué campeón para una Olimpiada! —exclamó.

* * *

Los canes fueron liberados, Robur y Lyra reanudaron su camino.

—Ahora ya conocemos la ruta de Thanitzar —dijo ella.

—Sí, pero no debemos darnos mucha prisa. A estas horas, han notado la ausencia de Tubabai, y habrán enviado patrullas a buscarlo, así que lo que más nos conviene en estos momentos es escondernos durante un par de días, hasta que abandonen la persecución.

—Tienes razón —convino Lyra—. Iremos a las orillas del lago. En algunos lugares, son bastante escarpadas y hay cuevas en las que podemos refugiarnos sin dificultad.

—Habrá peces en el lago, supongo.

—Piensas en la comida, ¿eh? —sonrió ella.

—Necesitamos mantenernos fuertes. Hablando claramente, es la lucha por la supervivencia.

Encaminaron sus pasos hacia el lago. Al cabo de unos minutos, Lyra dijo:

—Hay algo que me resulta completamente inexplicable, Robur. Y ello me afianza más todavía en la idea de que Djuttus me ha estado engañando durante mucho tiempo.

—¿Qué es, Lyra?

—Los cañones. ¿De dónde los ha sacado Djuttus? ¿Quién le ha enseñado a manejarlos?

—¿Desconocías su existencia? —se asombró Robur.

—Por completo —afirmó la muchacha.

—Lo siento, pero no comprendo ninguna explicación. Los cañones estaban allí y fueron usados a entera satisfacción de sus propósitos, eso es todo cuanto puedo decirte.

* * *

Los dos días propuestos por Robur se convirtieron en una semana. Ambos estaban necesitados de un buen descanso y la

tranquilidad, la abundancia de pesca y la relajación de largas horas de sueño, acabaron por restaurar sus fuerzas completamente.

Lyra tomó también un nuevo aspecto. Pasaba largas horas en el agua, nadando, o tomando el sol sobre una piedra, lo que confirió a su piel un tono agradablemente tostado. La palidez primitiva, que podía hacerla atractiva en un principio, pero que denotaba luego una vida muy sedentaria, desapareció por completo.

En cuanto a Robur, aparte de pescar y hacer ejercicio, se dedicó a practicar con la ballesta. Era un arma bastante primitiva y de funcionamiento deficiente y logró no sólo eliminar sus defectos, sino conferirle una potencia mucho mayor.

Al final de su período de descanso, Robur observó que Lyra se sentía impaciente por volver a la ciudad.

—Emprenderemos la marcha mañana, después de amanecer —decidió él.

Así lo hicieron. Abandonaron el escondite y rodearon el valle a larga distancia. Los cadáveres de los hombres-rayo permanecían todavía insepultos. Las aves de rapiña se encargarían, sin embargo, de descarnar muy pronto aquellos cuerpos.

A media mañana, Robur se detuvo un momento.

—Haremos un alto para tomar un bocado —propuso.

Lyra accedió sonriendo.

—A fin de cuentas, mi trono está todavía en su sitio —contestó con expresión de buen humor.

—Eso es algo que no se puede discutir.

Robur se despojó de la mochila. Lyra dijo:

—Buscaré ramas…

Un terrible grito la interrumpió súbitamente:

—¡Ahí está la mujer!

CAPÍTULO VII

ROBUR giró en redondo. Cinco o seis jinetes cargaban sobre ellos con furia asesina, las lanzas enristradas y sus monturas disparadas a toda velocidad.

—¡Al suelo, Lyra! —gritó.

Robur tenía la ballesta en su mano. Tensó la cuerda y, casi sin apuntar, desde la cadera, dejó ir una saeta.

Uno de los jinetes recibió el proyectil en el estómago y se desplomó gritando. Los otros continuaron su frenético galope.

Robur se vio perdido.

Pudo usar la ballesta por segunda vez, pero aún quedaban cuatro enemigos. De súbito, dos nuevos combatientes aparecieron en escena.

Eran Gigantes, hombres descomunales, de una potencia física incalculable. Vestían un simple taparrabos y sólo parecían emplear las manos.

A Robur le llamó la atención el hecho de que aquellos seres gigantescos tuviesen una corpulencia adecuada a su tamaño. Había visto en la Tierra hombres de más de dos metros de altura, pero raramente había alguno fornido; todos eran muy delgados en general. Aquellos que tenía a la vista, sin embargo, eran auténticamente gigantes. Quizá, se dijo, pasaban holgadamente de los tres metros de estatura.

El ataque de los gigantes resultó devastador. Dos Superiores cayeron en sus manos y volaron a enorme distancia, lanzados como proyectiles por encima de las copas de los árboles. Sus monturas, espantadas, huyeron lanzando agudos ladridos de pánico.

Uno de los guerreros volvió grupas y salió a escape. El último bajó la lanza y cargó fieramente.

Los Gigantes le aguardaron a pie firme, separándose a los lados en el momento preciso. Dos manos se dispararon súbitamente y apresaron al jinete.

El Superior chilló desesperado al sentirse prisionero. Los dos Gigantes aunaron sus esfuerzos y lanzaron al Superior a más de cincuenta metros de altura, en vertical.

Lyra, todavía tendida en el suelo, volvió la cabeza a un lado

para no ver la caída del desdichado guerrero. Pero no pudo evitar el estremecedor ruido de huesos rotos que se produjo en el momento del impacto.

Los Gigantes sonrieron satisfechos. Luego se volvieron hacia la pareja.

—Podéis sentiros satisfechos —dijo uno de ellos, con una impresionante voz de trueno.

—Os hemos salvado la vida —agregó el otro.

—No tenemos más remedio que daros las gracias —dijo Robur.

Uno de los Gigantes se le acercó y dio varias vueltas a su alrededor, examinándolo críticamente.

—Eres fuerte —comentó, pasados unos segundos—. Serás un buen servidor.

Robur se sobresaltó.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó.

—No irás a pensar que os hemos salvado solamente por haceros un favor, ¿verdad?

Lyra adivinó la verdad.

—¿Quieren hacernos sus prisioneros? —gritó.

—Exactamente —confirmó el otro Gigante.

—Pero ¿por qué? Nosotros no os hemos causado ningún mal…

La protesta de Robur fue cortada por una enorme mano que se apoyó ligeramente en su hombro, no obstante lo cual, se vio obligado a doblar las rodillas.

—Los Superiores tienen la maldita manía de capturar Gigantes para tenerlos como esclavos. Es hora ya de que algún Gigante tenga a un Superior como esclavo.

Robur se aterró ante aquella perspectiva. Inmediatamente, empezó a pensar en su multipistola, en dispositivo termosolar. «O destructor, será aún más eficaz», pensó.

El otro gigante se inclinó sobre la muchacha y la levantó a pulso con una sola mano.

—No te resistas, muñeca —dijo—. Resultaría lamentable verte partida en dos mitades.

La mano de Robur empezó a moverse cautelosamente hacia la funda de su pistola. Habían escapado a un peligro para caer en otro peor.

Pero no pudo hacer nada. De repente, se oyó un feroz aullido.

Los Gigantes, alarmados, se volvieron en redondo. Una nube de flechas voló hacia sus enormes torsos.

Lyra cayó por tierra, se dio un golpe en la cabeza y perdió el conocimiento. Los Gigantes emitían unos gritos horripilantes.

En cada uno de los cuerpos había ya una docena de flechas. Y los proyectiles seguían llegando desde la espesura.

Una flecha se clavó en el ojo derecho de uno de los Gi-gantes. Dos más se le clavaron en la garganta. Las rodillas del enorme individuo se doblaron.

El otro recibió de golpe cinco flechas en medio de su colosal cintura. La sangre brotaba a torrentes de sus innumerables heridas.

Una última y densísima descarga, de más de treinta flechas, acabó con la resistencia de los Gigantes. Entre la espesura sonó, sorprendentemente, un femenino grito de triunfo.

* * *

Veinticinco o treinta figuras se hicieron repentinamente visibles en el claro. Robur creía estar soñando.

En el grupo de recién llegados había al menos diez o doce mujeres, todas ellas jóvenes y bien conformadas. Parecían capitaneados por una hermosa joven de frondosa cabellera negra y ojos vivaces.

La joven tenía el pelo sujeto por una cinta que parecía hecha de hilos de oro. Vestía una especie de peto metálico, de metal amarillo, que cubría sus senos, y una especie de falda-pantalón, muy corta y ajustada a sus esbeltas caderas, hecha en piel muy suave. A la espalda llevaba una aljaba con flechas de casi un metro de longitud y en la mano izquierda tenía un enorme arco, de gran potencia, imaginó Robur.

El armamento se completaba con un largo cuchillo, de hoja notablemente ancha. Los pies de aquel grupo de guerreros de ambos sexos estaban protegidos por unas blancas botas de piel, que les llegaban hasta más arriba de las rodillas.

—Creo que os hemos librado de un grave peligro —dijo la mujer, con la sonrisa en los labios.

Era muy fuerte, pero no por ello dejaba de poseer una silueta escultural, observó el terrestre.

—Te doy las gracias, señora —dijo Robur—. Sí, los Gigantes pretendían llevarnos a su ciudad como esclavos.

—Comprendo. ¿Ella… está muerta?

—No, simplemente, desmayada. Se llama Lyra. Yo soy Robur.

—Lyra —repitió la mujer—. Como la reina de Thanitzar.

—Así es. ¿Cuál es tu nombre?

—Shya. Soy el capitán de esta compañía de guerreros. Estamos en misión de descubierta. Tenemos noticias de que los Gigantes pretendían lanzarse a la guerra contra nosotros, los Selváticos.

Robur se pegó una palmada en la frente.

—Pero, ¿es que en este maldito planeta nadie piensa más que en matar al vecino? —gimió.

Shya se encogió de hombros.

—El que es atacado tiene derecho a defenderse —respondió fríamente. De pronto se acercó a él y palpó su brazo derecho—. Eres fuerte —sonrió de un modo extraño.

—Regular —contestó Robur.

Shya hizo un gesto con la cabeza.

—Volvemos a nuestra ciudad —manifestó—. Nos acompañaréis…

—Pero nosotros nos dirigíamos a Thanitzar —protestó el terrestre…

—Espero que no discutas mis órdenes —dijo Shya, mirándole de soslayo—. Podría resultarte perjudicial.

Robur paseó la vista por los rostros de los Selváticos. Salvo, quizá, por la piel más atezada, debido a una continua vida al aire libre, sus diferencias físicas con los Superiores, eran prácticamente nulas.

—Si no hay otro remedio… —se resignó.

—No, no lo hay —confirmó Shya.

Se volvió hacia sus acompañantes y dio una orden. Varios de los guerreros hicieron rápidamente unas angarillas, sobre las cuales tendieron el todavía inanimado cuerpo de Lyra. Robur pudo darse cuenta de que el desmayo se prolongaba más de la cuenta, debido a que, al caer, Lyra se había golpeado la cabeza contra una piedra.

Una vez listos para la marcha, Shya se volvió hacia él:

—Camina a mi lado, Robur.

En los negros y rasgados ojos de Shya había un brillo especial

que no desagradó del todo al terrestre.

Cinco horas más tarde, alcanzaron el lindero de un espesísimo bosque, con árboles cuya altura media oscilaba entre los ciento cincuenta y doscientos metros.

Shya señaló el tocón de un árbol cortado hacía poco.

—Lo han hecho los Gigantes —dijo—. Y no es éste el único que han cortado.

—¿Lo tomas como indicio de un próximo ataque, Shya?

—Pronto te lo demostraré —respondió ella.

El bosque era enorme y no podía recorrerse a pie en un solo día, por lo que la joven Selvática ordenó acampar una hora después.

Shya montó distintos puestos de vigilancia. Otros de sus guerreros encendieron fuegos.

Luego regresó junto a Robur.

—Has podido comprobar que nuestras aprensiones tienen un motivo justificado —dijo.

—Sí —contestó él—. He visto muchos árboles talados, formando como una especie de sendero de cien o más pasos de anchura. Pero no comprendo los motivos de esa tala, Shya.

La joven suspiró.

—Los Gigantes pueden caminar perfectamente por el interior del bosque —dijo—. Eso es lo que también nos preocupa a nosotros, porque no acabamos de comprender del todo sus Intenciones.

* * *

Alcanzaron la ciudad al mediodía siguiente.

Desde una pequeña elevación, Robur contempló fascinado el singular espectáculo de aquella aglomeración urbana, rodeada por un sólido cinturón de murallas. El contorno era de una forma aproximadamente oval y medía su diámetro mayor casi dos kilómetros. El menor tenía un kilómetro, aproximadamente.

Las murallas, apreció Robur, eran sumamente sólidas, construidas con grandes sillares. Su espesor alcanzaba una media de diez metros y su altura era de treinta o más.

Un anchuroso río atravesaba la ciudad, entrando y saliendo por sendos orificios practicados en la base de la muralla. Robur pensó que si él pretendiera expugnar aquella fortaleza, lo primero que

haría sería desviar el río.

Era un tremendo fallo de los constructores de la urbe de los Selváticos. Naturalmente, podían disponer de cisternas con reservas de agua, pero, inevitablemente, si el río era desviado, la ciudad acabaría por sucumbir al arma de la sed.

Delante de las murallas había un espacio despejado de unos quinientos metros. Las puertas eran de tamaño adecuado y construidas con tablones de gran espesor, reforzadas con los herrajes suficientes para darles la adecuada consistencia.

La expedición atravesó una de las puertas, custodiada por un cuerpo de guardia bien armado. Lyra se había repuesto ya, a pesar de todo, seguían viajando en las angarillas.

El interior de la ciudad, a pesar de cierto desorden en el trazado, agradó bastante a Robur. Vio limpieza y pulcritud en las calles y también en las personas. La gente parecía atractiva y la buena salud general resultaba patente.

En el centro de la ciudad había una pequeña acrópolis, con varios edificios, sobre una ligera elevación.

—Allí está el palacio de nuestro rey Hegbrum —indicó Shya.

—Nos conduces a su presencia —sospechó Robur.

—Tú, no; serás mi huésped —decidió ella.

De pronto, al pasar por delante de una casa de madera, Shya alzó la mano y la comitiva se detuvo. Una mujer de cierta edad apareció en una de las ventanas del primer piso.

—Mava, atiende a Robur, mi huésped —ordenó Shya.

—Sí, señora —contestó la mujer.

Shya se volvió hacia el terrestre.

—Espérame en mi casa —dijo—. Confío en que no tratarás de escaparte. Me causarías un gran disgusto… y no podrías salir de la ciudad.

Robur asintió en silencio. Agitó una mano y se despidió de Lyra.

Luego entró en la casa.

Mava salió a recibirle.

—Ven, señor, te enseñaré el baño —dijo.

* * *

Habían transcurrido largas horas. Shya no daba señales de

regresar.

La noche había llegado hacía rato. Un par de lámparas, alimentadas por alguna especie de grasa, daban luz a la habitación, que era un dormitorio, decorado con gran abundancia de pieles de vivo colorido y extremada suavidad.

Robur había cenado hacía rato. Mava le había servido una serie de alimentos apetitosos, a los cuales había hecho los debidos honores.

Ahora, tendido en un blando diván, jugueteaba con una copa llena de un vino de delicioso aroma. Su graduación alcohólica era más bien baja, pero Robur lo encontraba sumamente grato al paladar.

La puerta de la estancia se abrió de pronto. Shya apareció en el umbral.

Robur la contempló con ojos de asombro. Shya se había despojado de su uniforme y ahora estaba cubierta solamente con una especie de bata de tejido muy fino y color rojizo, que le llegaba hasta los pies. Los labios de la joven estaban distendidos en una hechicera sonrisa.

—¿Has sido bien atendido? —preguntó.

—No puedo quejarme, Shya. Estoy muy agradecido a tu hospitalidad —contestó, a la vez que se levantaba.

Shya se acercó a la mesa y llenó una copa con el vino contenido en el ánfora, que parecía ser el recipiente más común de los Selváticos.

—Lo celebro infinito —dijo—. Ah, tu amiga está perfectamente atendida. Es huésped de Hegbrum y de su esposa.

—Me alegro por ella, Shya.

—Dice ser la auténtica reina de Thanitzar. ¿Qué opinas tú, Robur?

—Por sus palabras, podría creerse que dice la verdad. Cierto es que Djuttus quiere matarla, yo mismo he podido comprobarlo… pero tal vez ello se debe a su extraordinario parecido con la reina Lyra, cuyo nombre también utiliza.

—Una impostora podría crear graves problemas en Thanitzar, en efecto —convino Shya pensativamente—. Sobre todo, si es tan pacífica como dice.

—Eso no le conviene a Djuttus. Por lo visto, piensa lanzar una

campaña para erigirse en rey de todas las naciones de este planeta. Los hombres-rayo están prácticamente fuera de combate…

—Pero nuestras fuerzas se hallan intactas, Robur.

—¿Podrás decir lo mismo si os atacan los Gigantes?

Shya tomó un sorbo de vino con actitud pensativa. De pronto, dejó la copa a un lado y avanzó hacia el joven.

—¿Por qué no abandonamos el tema y empezamos a preocuparnos de nosotros mismos? —dijo, con la más encantadora de sus sonrisas.

Robur sonrió también.

—Eres muy hermosa —murmuró.

—Creí que no sabrías verlo.

—Lo aprecié desde el primer momento, pero me creí amenazado de un grave peligro. En estas circunstancias, apreciar la hermosura de una mujer de la que se sospecha puede dar una orden fatal, es muy secundario.

—No matamos a los prisioneros por capricho, ni somos tan crueles como, probablemente, te ha informado Lyra. Nos gusta vivir en paz con todo el mundo, pero nos defendemos hasta la muerte si somos atacados.

—¿Te defenderías de mí, Shya? —preguntó Robur.

Ella exhaló un profundo suspiro.

—Me siento derrotada de antemano —contestó, sin formular la menor protesta por sentir en torno a su cintura los brazos del terrestre.

Ambas bocas se confundieron en una ardiente caricia. Luego, en silencio, Robur se separó de ella y, una tras otra, apagó las dos lámparas.

Buscar a Shya en la oscuridad no resultó difícil; ella permanecía todavía en el mismo sitio.

* * *

—De modo que sospecháis un ataque por parte de los Gigantes, pero no sabéis cómo ni cuándo lo llevarán a cabo.

Shya meneó la cabeza.

—No —contestó—. Nos preocupa la tala de árboles, pero no acabamos de comprender su utilidad.

—¿Está muy lejos el pueblo de los Gigantes, Shya?

—Ocho jornadas, a pie. Si se emplean cabalgaduras, el tiempo puede reducirse a una sola jornada.

—¿Puede resistir un octópodo la fatiga de ese viaje tan largo? —se asombró Robur.

—Bien entrenado, por supuesto. Claro que en todo caso, se puede, por lo menos, alargar en otra jornada el viaje de ida, por si a la vuelta se precisa velocidad. Pero no entiendo por qué me dices…

Robur la miró fijamente. Ambos estaban sentados frente a frente, tomando un sustancioso desayuno, bien entrada la mañana.

—¿Se os ha ocurrido enviar exploradores, a fin de averiguar sus intenciones? —preguntó.

—No, no lo hemos hecho —contestó Shya.

—¿Por qué?

—Aparte de los árboles talados, cosa que no hemos podido evitar, porque, en campo abierto y en igualdad de número, ellos nos derrotan fácilmente, nuestro rey Hegbrum envió dos parlamentarios. Nos devolvieron sus cabezas, Robur.

—Ya entiendo, los Gigantes no quieren ni oír hablar de negociaciones para la paz.

—Justamente. Detrás de nuestras murallas somos invencibles, pero, repito, en campo abierto, nos aplastarían.

—¿Qué armas usan?

—A veces, arcos enormes, que disparan flechas de dos metros de longitud. Pero cuando se llega al cuerpo a cuerpo… ¿qué mejores armas que su propia fortaleza física?

—Sí, tienes razón. Shya me gustaría hacer algo para ayudaros.

Los ojos de la joven brillaron excitadamente.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó.

Con mucha diplomacia, Robur contestó:

—Imagino que tendrás que pedir permiso a tu rey. Si te lo concede, tú y yo nos convertiremos en espías y trataremos de averiguar cuál es el plan de los Gigantes. Es decir, si te atreves a venir sola conmigo.

—No tengo ningún inconveniente —Shya se puso en pie de un salto—. ¿Por qué no vienes tú mismo a palacio y expones en persona tu plan a Hegbrum?

—¿Querrá recibirme? —dudó Robur.

—Las puertas del palacio de Hegbrum están siempre abiertas para cualquiera de sus súbditos —contestó ella enfáticamente.

* * *

Hegbrum era un sujeto macizo, de gran corpulencia y abundante barba negra. Su salón del trono era de una extremada simplicidad y no se mostraba en absoluto afectado o reticente con sus visitantes.

—Es una buena idea, en efecto —convino, una vez Robur hubo expuesto su plan—. Pero convendría que más guerreros…

—Perdón, señor —rechazó Robur—. Más guerreros formarían una tropa que podría ser descubierta con facilidad por los Gigantes. Dos personas son suficientes para adquirir la información que se necesita.

—Tú y la capitán Shya.

—Sí, señor —dijo la aludida.

—Podéis perder la vida en el empeño —advirtió Hegbrum.

—Con el debido respeto, señor, si se realiza la operación con un mínimo de discreción y algo de astucia podremos llevarla a cabo sin dificultades y obtener un éxito completo.

—Mucho confías en ti, Robur —dijo Hegbrum—. ¿Qué opinas tú, Shya?

—Confío en él plenamente, señor. Le he visto pelear, es valiente y decidido, además de inteligente —respondió la joven.

Hegbrum sonrió ladinamente.

—Es tu huésped, porque tú lo has solicitado —dijo—. Seguro que, además, tiene otras excelentes cualidades.

Shya se ruborizó.

—Señor…

—Bueno, bueno —rió Hegbrum—, no te lo reprocho en absoluto. Si yo no estuviera tan enamorado de mi esposa, ésa que se llama reina Lyra… Por cierto, Robur, ¿crees que Lyra es la reina de Thanitzar?

—Me inclino a creer en sus afirmaciones, señor. Sin embargo, no es fácil que pueda probarlas.

—Este es un asunto que puede esperar. Shya, ¿qué tiempo piensas emplear en la exploración?

Shya se volvió hacia el terrestre:

—¿Robur? —consultó.

—Saldremos mañana al amanecer —respondió el interpelado—. Dos días para el viaje de ¡da, a fin de no fatigar excesivamente a nuestras monturas; uno, quizá, para descanso y obtención de informaciones y otro para el regreso. Acaso empleemos un día más en la vuelta… pero el total, estimo, no excederá de cinco días, señor —aseguró Robur.

—Tenéis mis bendiciones —dijo Hegbrum—. Shya, ocúpate del equipo necesario. Que te faciliten cuanto pidas.

—Gracias, señor —contestó la muchacha.

—Señor —dijo Robur—, te ruego saludes a Lyra y le digas que me encuentro perfectamente. La veré a mi vuelta, con tu permiso, por supuesto.

—Así se lo diré —contestó Hegbrum.

* * *

Robur se acostumbró bien pronto al veloz ritmo de marcha que la nativa impuso a las monturas. Cabalgar sobre un perro-octópodo, dotado, además de una cómoda silla, resultaba fácil además de descansado.

El terreno, en ocasiones, resultaba accidentado. Cruzaron una gran cadena de montañas y se adentraron en una extensísima llanura, que se perdía de vista en el horizonte.

Mientras atravesaban la cordillera, Robur se percató de un detalle que llamó su atención extraordinariamente. Una o dos veces se apeó de la montura y examinó el suelo y los alrededores con todo detenimiento.

Shya le contemplaba intrigada. Por el momento, Robur se negó a darle explicaciones.

Al atardecer del segundo día, Shya señaló algo en el horizonte.

—La capital de los Gigantes, Robur.

La distancia era grande, incluso para los prismáticos. Robur pudo captar la figura de unas elevadas torres, que sobresalían del conjunto general de toscos edificios de piedra y techo de ramas y paja.

Pero la noche se les echó encima con rapidez. Durmieron unas horas y, mucho antes de que llegase el nuevo día, se dispusieron a

completar la parte más importante de la operación.

Los octópodos quedaron atados a sendos árboles. Robur y Shya iniciaron a pie una marcha de aproximación a la ciudad de los Gigantes.

Antes de amanecer, se hallaban en la cresta de una pequeña loma, situada a unos mil pasos de las primeras casas. Tendidos entre unos arbustos, Robur sacó los prismáticos y empezó a hacer acopio de informaciones.

Las torres eran enormes, más de sesenta metros de altura, y tenían unos veinticinco metros de lado. La sorpresa del joven llegó a su colmo al apreciar que cada torre estaba montada sobre ocho pares de ruedas tan altas como una casa de dos pisos.

Estaban construidas con troncos de más de medio metro de grosor. Algunas de ellas eran de paredes lisas, aunque con infinidad de aspilleras. Otras, en cambio, eran un simple armazón que sostenía un ariete de tamaño realmente descomunal.

El ariete era un tronco de dos metros de grueso, por casi cuarenta de longitud y rematado, además, en una gran punta de piedra, sólidamente encastrada en uno de los extremos. Robur adivinó de inmediato la utilidad de aquellos artilugios.

—Nunca he visto nada semejante —confesó Shya.

—Son torres de combate. Unas servirán para que los soldados batan a sus enemigos desde puntos más elevados, con lo que los parapetos superiores quedarán así anulados. Los arietes abrirán brecha en vuestras murallas.

—¡Imposible! —exclamó ella.

—Si consiguen emplazar sus torres, ya verás si es posible o no —contestó Robur—. Y ya ahora tienes una explicación de la tala de los árboles y de lo que observé ayer en el desfiladero. ¿No te diste cuenta de que tanto el suelo como las paredes han sido alisados, para permitir un mejor desplazamiento a las torres?

Shya hizo un gesto de asentimiento.

—Pero son de madera. Podrán quemarse…

—He visto recubrimientos de pieles. Antes de entrar en combate, los mojarán. Vuestras flechas incendiarias no darán resultado.

La joven pareció sentirse muy abatida al escuchar aquellas palabras.

—Entonces, asaltarán la ciudad y nos exterminarán —vaticinó

lúgubremente.

—No se ha perdido nada todavía —dijo él—. A juzgar por lo que veo, hay todavía varias torres en construcción. Además no pueden rodar con gran rapidez. En el peor de los casos, tenemos dos o tres semanas de tiempo. Es suficiente para que podamos construir nuestra contraarma.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea? —preguntó Shya, con ojos muy brillantes.

Robur no contestó directamente. Dos gigantescas figuras acababan de entrar en su campo visual.

—Parece ser que dos Gigantes salen en misión de exploración — dijo—.Trataré de capturar a uno de ellos, por lo menos. Me interesa darle un mensaje para su rey Gridor.

—Gridor no tiene categoría de rey, es sólo un jefe de tribu — calificó Shya despectivamente

Robur se encogió de hombros.

—Rey o jefe de tribu, tanto da; es el que manda en los demás y su decisión puede evitar la guerra… o conducir a su pueblo a la catástrofe —respondió tranquilamente.

* * *

Los dos Gigantes caminaban sin demasiadas precauciones. Uno de ellos pisó algo de pronto.

Se oyó un chasquido. Casi en el mismo acto, la trampa quedó liberada. Un árbol se distendió súbitamente y uno de los exploradores ascendió a lo alto, colgado de uno de sus tobillos.

El otro, sorprendido, se volvió, a la vez, que descolgaba un descomunal arco de su hombro. En el mismo momento, Robur cargó por la espalda contra él.

Como arma de ataque, Robur llevaba una gruesa y recta rama, de casi tres metros de largo por unos veinte centímetros de diámetro. El extremo de su improvisado ariete golpeó los riñones del gigante, lanzándolo al suelo.

El enorme individuo lanzó un rugido de furia. Ágil, a pesar de todo, empezó a levantarse casi en el acto, sólo para recibir en pleno rostro el impacto de otra rama manejada por Shya.

Se oyó un terrible aullido. El explorador volvió a caer, con la

cara bañada en sangre.

No obstante, su resistencia era prodigiosa. Robur y Shya tuvieron que asestarle varios golpes más, hasta dejarle sin conocimiento.

El otro explorador, suspendido en el aire, braceaba furiosamente para librarse de la cuerda que lo mantenía a un metro del suelo. Robur tenía preparada otra rama más pequeña y le golpeó despiadadamente en los nudillos.

—¡Quieto! —dijo imperativamente.

El gigante se quedó inmóvil, incapaz de resistirse a la orden.

—Tu compañero no morirá, pero os hemos demostrado que no sois invencibles —continuó Robur—. Díselo así a Gridor, cuando vuelvas a la ciudad.

—¿Eres selvático? —preguntó el cautivo.

—Sí —mintió Robur—. Estáis preparando una guerra contra nosotros. Dile a tu rey que los Gigantes dejarán de existir como nación, si insisten en atacarnos.

—No podréis resistir…

—Un hombre y una mujer han sido suficientes para derrotaros a vosotros dos. ¿Es que no sabes ver las cosas con claridad?

El gigante calló un momento.

—Suéltame —pidió al cabo.

—Todavía no —denegó Robur—. No eres de fiar.

—¿Cuántas torres de combate tenéis preparadas? —inquirió Shya.

—Veinticinco. Faltan cinco más. Entonces, iremos al asalto de vuestra ciudad.

Robur soltó una risita irónica.

—Obtener información aquí es la cosa más sencilla que he visto —comentó—. Tengo la sensación de que habéis estado trabajando en balde. Esas torres no servirán de nada.

—Son indestructibles…

—Aún no conoces nuestras armas, pedazo de tonto. Pero basta ya de discusión. Repite el mensaje de nuestro jefe; eso es todo lo que queremos de ti.

—¿Me soltaréis ahora? —solicitó el gigante con avidez.

—Aguarda un momento.

Robur recogió los arcos y las flechas. Probó uno de los primeros,

pero apenas si pudo estirar un poco la cuerda.

—Se necesita una fuerza colosal, en efecto —murmuró.

Las flechas eran pesadísimas. Parecían lanzas, provistas de plumas en su parte posterior. En cuanto a la punta, era de una piedra semejante a la obsidiana, convenientemente encajada en el ástil, muy afilada en la punta y cortante como una navaja de afeitar en los lados.

Probó a romper una, pero el esfuerzo era demasiado. En vista de su semifracaso, reunió arcos y flechas en un montón, acumuló sobre ellos unas ramas secas y prendió fuego a todo.

Luego hizo una seña a la joven. Shya cortó la cuerda con un tajo de su cuchillo.

El gigante cayó de cabeza, rodó por el suelo y se levantó de un salto, bramando amenazadoramente, pero Robur ya estaba prevenido. Su ariete golpeó con fuerza al estómago del tremendo individuo, quien cayó sentado, sin respiración, incapaz de reaccionar.

—Vuelve a tu ciudad y dile mi mensaje a Gridor —se despidió Robur—. Dile también lo que os ha sucedido; quizás eso le haga pensar un poco a tu rey.

Un instante más tarde, Shya y Robur echaban a correr en busca de sus monturas. Galoparon fieramente toda la jornada, con los naturales altos hechos periódicamente, pero, antes de la media noche del mismo día, entraban en el palacio de Hegbrum.

CAPÍTULO VIII

Unos días después, en plena fiebre de trabajo, Robur recibió la llamada de Lyra.

Robur estaba muy ocupado en aquellos momentos y no pudo acudir inmediatamente, como ella deseaba. Al fin, pudo encontrar unos minutos libres y se dirigió a la residencia donde se alojaba Lyra.

—Lamento no haber podido venir antes —se disculpó.

—Ya me han dicho que trabajas infatigablemente —contestó ella —. Hegbrum te ha nombrado jefe de la defensa o algo por el estilo.

Robur sonrió.

—Simplemente, expuse unas ideas para el caso de ataque por parte de los Gigantes, Hegbrum encontró mis planes acertados y me encomendó la dirección de los trabajos defensivos, eso es todo.

—No es poco, Robur. Te has ganado la confianza de Hegbrum y de los Selváticos. Y de alguna selvática, también.

—Soy un hombre joven. No mal parecido, creo. En cuanto a ganarme la confianza de Hegbrum, antes se ganó él la mía, como los Selváticos, cuando nos respetaron la vida y me consideraron como uno de los suyos. Pero, imagino, que no me has llamado solamente para comentar una cosa de sobra sabida —dijo Robur.

—Tienes razón —concordó la muchacha—. Deseo pedirte un favor.

—Si está en mi mano…

—Creo que sí, Robur. Precisamente por eso, comenté antes tus buenas relaciones con Hegbrum. Si los Gigantes atacan, estoy persuadida de que conseguirás derrotarlos.

—Por lo que yo sé, los Gigantes no aceptarán pactar.

Robur se encogió de hombros.

—Peor para ellos —respondió—. Bien, ¿en qué consiste el favor que deseas de mí?

—Tú ya sabes que soy la reina de los Superiores…

—Hasta ahora, sólo tenemos la prueba de tu palabra, Lyra, aunque yo pueda creerte a título estrictamente personal. Pero no tienes nada encima que pueda demostrarlo.

—¿Ya no te acuerdas la muerte que estuve a punto de padecer?

—preguntó ella con amargura—. ¿Y lo que decía Hurahr, el brazo derecho de Djuttus?

—Perdóname, Lyra, pero Hurahr no mencionó tu nombre en ningún momento. Sólo daba órdenes de «matar a la mujer», pero no citó ningún nombre en concreto. Eso también tú lo recuerdas, ¿no es así?

Lyra asintió.

—Pero si querían matarme era por…

—Lyra, debes ser realista. Suponiendo que seas, efectivamente, la reina de los Superiores, tu suplantación es cosa sabida por muy pocos, Djuttus, Hurahr y alguno más. Los soldados que acompañaban a Hurahr, como máximo, sólo sabían que era preciso dar muerte a una impostora que se autotitulaba reina de Thanitzar. Hurahr no les iba a decir toda la verdad, ¿comprendes?

El rostro de la joven expresó desilusión.

—Djuttus ha sabido hacer bien las cosas —dijo.

—No se le puede negar ingenio y astucia —convino Robur —. Por eso te digo que veo muy difícil que recuperes tu corona.

—Bien, eso sólo lo podrá decir el futuro. Lo que yo quiero pedirte es que, una vez hayas derrotado a los Gigantes, hables con Hegbrum, a fin de que éste me apoye para volver a mi trono.

Robur arqueó las cejas.

—¿Es ése el favor que deseas te haga? —preguntó.

—Justamente —confirmó Lyra.

—Lo siento. No puedo pedirle una cosa semejante a Hegbrum, ni aun en el caso de tener la seguridad de que accedería a la petición.

Lyra hizo un gesto de extrañeza.

—Pero ¿por qué? Tú mismo has dicho que, personalmente, crees que yo…

—En este momento, siento muchísimo no poder darte más explicaciones, Lyra —contestó Robur—. Lo único que puedo decirte es que tengo mis propios planes para el futuro, entre los cuales, puedes creerme, no figura el de ser el factor desencadenante de una nueva guerra en Egh-Un.

Y antes de que la muchacha pudiese protestar o decir algo, Robur dio media vuelta y abandonó la estancia.

* * *

Los trabajos continuaban a ritmo acelerado. Robur despachaba continuamente patrullas rápidas de exploración, con la orden estricta de no entablar combate bajo ningún pretexto, y sí únicamente adquirir informes de los progresos de los Gigantes. El jefe de cada patrulla iba provisto con los prismáticos del joven, lo que le permitía observar al enemigo desde una buena distancia, sin ser avistados.

Tres semanas más tarde, Robur, que salía de una conferencia con Hegbrum, tuvo un encuentro inesperado.

Los dos hombres que se dirigían hacia la Acrópolis eran terrestres, no cabía la menor duda. Y, por lo menos, conocía a uno de ellos.

El otro lo vio antes y, de manera inexplicable, dio media vuelta y desapareció con grandes prisas, antes de que Robur pudiera reconocerle. Su compañero siguió andando.

—Que me cuelguen si ese selvático individuo que tengo ante mis ojos no es el capitán Zanda —dijo el terrestre alegremente.

—Soy el mismo, Gino Sarletti —contestó Robur. ¿Qué diablos haces tú en este país?

—Vengo con alguna frecuencia —respondió Sarletti riendo—. Comercio, ¿sabes?

—Ya entiendo. Eres un hombre afortunado; yo desconocía la existencia de Egh-Un hasta hace unos meses. Por lo visto, tú vienes aquí desde hace más tiempo.

—Así es, Robur. ¿Qué te pasa? ¿Te cansaste de ser un comerciante del espacio?

—Mi tripulación se amotinó y me largó en un astrobote. Se quedaron con la nave y cuanto contenía… y menos mal que no se quedaron también con mi pellejo.

—Lo siento infinito, Robur —dijo Sarletti—. ¿Hay algo que yo pueda hacer por ti?

—Llevarme de vuelta a la Tierra, aunque no ahora, por supuesto. En estos momentos me es imposible abandonar este planeta.

—No sé cuándo regresaré a Egh-Un, pero, si vuelvo, vendré a buscarte, Robur.

—Gracias, Gino. A propósito, ¿qué mercancías le traes a

Hegbrum?

—Bah, lo de costumbre, telas y cosas así. El me paga, con pepitas de oro y pieles. Las de Egh-Un se venden muy bien en la Tierra.

—Eres un tío con suerte —rió el joven—. Bien, me alegro de haberte visto. Ahora, dispénsame, pero tengo trabajo.

—Adiós, Robur.

El joven siguió andando. De pronto, se preguntó cómo no sentía en aquellos momentos apenas deseos de volver a su mundo natal.

Shya tenía quizás, algo que ver con ello. O acaso era Lyra.

No podía resolver el problema, de modo que lo dejó de lado y se enfrascó en su tarea.

Al atardecer, cansado, regresó a su alojamiento para cenar. Shya estaba equipándose con su atuendo guerrero.

—¿Sales? —preguntó él, asombrado.

Shya le besó cálidamente.

—Amor, esta noche me corresponde mandar una patrulla de guardia en las murallas —dijo—. Volveré al amanecer.

—Mira de destacar unos escuchas a cinco o seis kilómetros del recinto. Un ataque nocturno es cosa que nunca se puede descartar y, por su volumen, los Gigantes no son gente que se mueva silenciosamente —fue el consejo que le dio Robur.

—Lo tendré presente. Hasta mañana, cariño.

Robur suspiró.

Shya era muy hermosa y se había entregado a él sin reservas, pero… Si un día tenía que marcharse, ¿cómo tomaría su decisión la bella selvática?

* * *

El problema, a pesar de que quería apartarlo de su mente, le causó insomnio. Dio muchas vueltas en la cama, tratando de conciliar el sueño, pero las horas transcurrieron en buen número, antes de que, al fin, se relajaran sus nervios.

Entonces, cuando ya iba a dormirse, creyó oír un ruidito en la estancia.

Entreabrió los ojos. A cuatro pasos de distancia, divisó una silueta humana.

La ventana estaba abierta y por ella entraba algo de luz de las cuatro lunas de Egh-Un, una de las cuales estaba todavía en el horizonte. En la mano del intruso brilló un objeto metálico.

Robur permaneció tendido. El individuo se le acercó lentamente. De pronto, alzó la mano.

El puñal golpeó el vacío. En el último instante, Robur había girado sobre sí mismo, evitando así la mortal cuchillada.

Se oyó un gruñido de cólera. Robur, todavía no incorporado por completo, disparó su puño y alcanzó un blando estómago.

El intruso se tambaleó. Robur agarró su mano armada y la hizo girar con súbita violencia. El puñal se hundió hasta la empuñadura en el pecho del atacante.

Robur oyó una tos agónica. El intruso se desmadejó, cayó de rodillas primero y luego quedó tendido en el suelo.

Robur corrió a encender una lámpara. La luz dio de lleno en un rostro conocido.

—¡Tom McGeall! —exclamó, sin poder contener su sorpresa.

El individuo agonizaba, Robur quiso hacerle algunas preguntas, pero McGeall franqueaba ya la última frontera de la existencia.

—¿Por qué habrá querido asesinarme? —se preguntó.

* * *

Hegbrum le formuló al día siguiente un análogo interrogante.

—No tengo la menor idea —respondió Robur—. Sólo puedo decir dos cosas. La primera es que iba con Sarletti cuando nos encontramos en las inmediaciones de la acrópolis. McGeall debió de reconocerme sin duda y escapó antes de que yo pudiera identificarlo.

—¿Cuál es el otro dato, Robur?

—Pertenecía a la dotación de mi nave, señor.

—Uno de los amotinados, ¿eh?

—En efecto.

—Quizás Sarletti tenga algo que ver con todo esto —apuntó Hegbrum—. Voy a ordenar que lo traigan a mi presencia.

El oficial que salió a cumplimentar la orden, volvió media hora más tarde con las manos vacías.

—Sarletti abandonó la ciudad al amanecer —informó.

Robur frunció el ceño.

—Todo esto es muy extraño —dijo—. Y no me gusta la actitud de Sarletti.

—Ha venido en otras ocasiones a traficar con nosotros. Es un poco granuja, pero se pueden hacer tratos con él —dijo Hegbrum.

—Esto no me gusta, no me gusta —insistió el terrestre—. Tengo la sensación de que Sarletti ha estado aquí más como espía que como traficante.

—¿Espía? ¿De los Gigantes?

—Puede ser… pero también puede suceder que sea un agente informador al servicio de Djuttus. Recuerda que la entrada a los Superiores está prohibida.

—Sí, tú me lo aconsejaste y ninguno ha pisado la ciudad desde entonces.

—Djuttus tiene ambiciones. Quiere convertirse en el rey de las cuatro naciones. Estoy seguro de que se prepara para una nueva guerra, contra ti o contra los Gigantes… o quizá sólo contra el vencedor del próximo conflicto. De este modo, no tendría que luchar contra dos naciones, a la vez o sucesivamente, ¿comprendes?

—Que venga si se atreve —declaró Hegbrum con acento desafiador—. Detrás de mis murallas…

Rubor se creyó en el deber de frenar el optimismo de Hegbrum:

—El muro de contención del lago sobre el valle de Ohjtar, era por lo menos, doble de grueso que la más gruesa de tus murallas. Los obuses de Djuttus hicieron saltar fácilmente aquella pared de roca. Es algo que debes tener en cuenta, si llega el caso de un ataque por parte de los Superiores.

Hegbrum se quedó muy impresionado por aquellas palabras. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, Shya solicitó permiso para ser recibida.

—Que entre —accedió Hegbrum de inmediato.

Shya se hizo visible.

—Señor, debo informarte que los Gigantes están ya a menos de dos jornadas de la ciudad —manifestó.

CAPÍTULO IX

EL ejército atacante estaba en formación de batalla frente a las murallas de la ciudad de los Selváticos. Resultaba un curioso efecto óptico ver las filas de aquellos hombres gigantescos a quinientos metros de distancia; dada su estatura, parecían hallarse mucho más cerca de lo que estaban en realidad.

Robur contempló unos momentos la formación enemiga con los prismáticos. Sí, allí estaban las treinta torres anunciadas, ninguna de las cuales medía menos de sesenta metros de altura. De ellas, seis eran arietes; las restantes eran como castilletes, desde cuyas aspilleras, pero, sobre todo, desde la plataforma superior, sus ocupantes podrían batir fácilmente el parapeto superior de la muralla.

El número de gigantes, calculó Robur, no bajaba de los cinco mil. Pero los exploradores habían señalado un número mucho mayor; seguramente, los restantes se hallaban guarecidos en la espesura del bosque.

Hegbrum, Lyra y Shya estaban a su lado.

—Bien —dijo Robur—, creo que es la hora de intentar el último esfuerzo.

—¡No vayas! —pidió Shya, angustiada—. Recuerda lo que les pasó a los anteriores parlamentarios.

Lyra manifestó una opinión contraria.

—Debe intentarlo. Es preciso hacer todo antes de entablar un combate definitivo —dijo.

Robur miró a la muchacha y sonrió. Lyra, al fin, empezaba a comprenderlo.

Inmediatamente, bajó de la muralla. La guardia de la puerta principal le dejó salir, provisto de una gran bandera blanca.

En el campamento sitiador hubo un cierto revuelo. Tres gigantes salieron a su encuentro.

—Vuelve a tu ciudad, selvático —le ordenó uno de ellos—. Gridor se siente de buen humor, por eso no nos ha ordenado cortarte la cabeza.

Robur miró fríamente al individuo.

—¿Qué le pasa a vuestro rey? —exclamó en tono despectivo—.

¿Tiene miedo de enfrentarse con un solo selvático? Sólo quiero parlamentar con él… y no creo que Gridor vaya a temer nada de un sujeto al que pasa en más de cuatro palmos.

Los Gigantes se quedaron desconcertados un momento. De pronto, el sujeto que los mandaba dio media vuelta y los otros le siguieron en el acto.

Robur permaneció a pie firme en el mismo sitio. Minutos más tarde, vio destacarse a un gigante de su campamento.

Era Gridor, rey de aquella masa de enormes individuos. Robur se quedó aturdido al ver que Gridor rebasaba en estatura a cualquiera de sus subordinados.

—Eres muy osado al venir solo —dijo Gridor, al hallarse a cuatro pasos de distancia—. Me has acusado de cobarde, pero sabes de sobra que podría destrozarte sin esfuerzo.

—Es posible, pero aunque lo hicieras, ello no serviría para mitigar tu derrota.

Gridor soltó una estentórea carcajada.

—¿Los Selváticos derrotar a los Gigantes? Es lo más divertido que he oído nunca —exclamó—. ¿Acaso no has visto nuestras torres de combate? Sí, vuestras murallas son muy sólidas, pero abriremos brecha en ellas. Y os exterminaremos.

—¿Por qué, Gridor? ¿Qué mal os hemos hecho nosotros? —quiso saber Robur.

—Ninguno, pero queremos esclavos. Necesitamos hombres y mujeres que trabajen para nosotros…

—Es una idea disparatada —calificó el joven—. Los Selváticos morirán antes de ser esclavos de nadie. No es justo encadenar a una persona, sólo por capricho. Pensamos que en Egh-Un hay sitio para todos y que todas las razas deben convivir pacíficamente, ayudándose mutuamente en todos los problemas. Es preciso dejar la guerra de lado; no significa ningún progreso para el planeta, sino todo lo contrario. Viviendo en paz, Egh-Un progresará enormemente…

—Ahórrate el discurso —cortó Gridor en tono frío—. Vuelve a tu rey y dile que hoy mismo iniciaremos el ataque. A menos que prefiera dar ahora mismo la orden de rendición.

—Hegbrum no dará esa orden —contestó Robur—. Yo le transmitiré tus palabras, pero antes te haré una advertencia; si

atacas, os aplastaremos.

Gridor sonrió burlonamente.

—Me haces reír —dijo—. Vete.

Robur ya no insistió más. Giró sobre sus talones y emprendió el regreso, fijándose muy bien dónde pisaba.

De pronto, oyó un agudo grito en lo alto de la muralla.

El instinto le hizo saltar a un lado. Un segundo después, oyó el seco impacto de una enorme flecha en el suelo, a un paso de distancia.

Giró en redondo. A sesenta o setenta metros, un gigante, riendo divertidamente, se disponía a colocar otra flecha en la cuerda de su arco.

Robur agarró el proyectil con ambas manos y lo arrancó del suelo, sopesándolo a continuación. La gigantesca flecha pesaba algo más que una jabalina de atletismo. Pero, en sus tiempos, había adquirido cierta fama en dicho deporte.

El gigante disparó su flecha y erró el tiro por segunda vez. Entonces, Robur tomó carrera y arrojó la suya.

El proyectil voló en parábola y empezó a descender raudamente. Su antiguo propietario saltó a un lado, pero lo hizo en sentido equivocado.

La improvisada jabalina entró en su cuerpo justamente debajo de la mandíbula y salió cerca de los riñones. El gigante se desplomó fulminado.

Sonaron gritos de aprobación en las murallas. Robur no quiso tentar ya más a la suerte, ganó la entrada y corrió hacia Hegbrum.

—Has perdido el tiempo —adivinó el Selvático.

—Al menos, hemos intentado tratar de paz. Las consecuencias, en todo caso, serán para ellos —respondió el joven, oculto, como todos, tras la masa de espeso follaje que cubría el borde superior de la muralla.

* * *

Media hora más tarde, doce torres de combate, en seis parejas, iniciaron el avance hacia la ciudad.

Cada pareja estaba compuesta por un castillete y un ariete. Robur dijo:

—La torre y sus ocupantes protegerán con sus flechas la labor del ariete.

—Si les dejamos llegar, claro —sonrió Hegbrum.

—Tú lo has dicho —contestó Robur.

Las torres eran empujadas por detrás, mediante unas largas y recias varas, de más de un metro de diámetro. Cada torre tenía dos varas, y en cada una de ellas había treinta o cuarenta gigantes, protegidos por unos bien construidos escudos laterales y superiores, que les ponía al abrigo de cualquier proyectil.

Era un diseño ingenioso, había que reconocerlo, pensó Robur. Pero ellos no habían estado mano sobre mano durante aquellas semanas.

Una orden suya hizo desaparecer el ramaje en cuatro puntos. Cuatro colosales catapultas quedaron a la vista.

El coronamiento de la muralla era lo suficientemente sólido para permitir un eficaz asentamiento de aquellas máquinas bélicas. Las catapultas, en realidad, eran gigantescas ballestas, tensadas por medio de molinetes.

En lugar de saetas, disparaban piedras. Un carril, adecuadamente, preparado, servía para guiar al proyectil en el momento del lanzamiento.

Las torres estaban ya a unos cien metros. Su avance, forzosamente lento a causa de su mismo peso, debía ser realizado en una inmutable línea recta.

Las grúas construidas a indicación de Robur habían colocado sobre sus emplazamientos cuatro gigantescos pedruscos, tallados, en un febril trabajo, en forma de esfera, de unos dos metros de diámetro. El peso de cada proyectil superaba las veinte toneladas.

Robur levantó una mano. Cuatro pares de ojos estaban fijos en él.

La mano de Robur se bajó. Cuatro hachas cortaron la cuerda de retén de las ballestas.

Los enormes proyectiles partieron silbando y alcanzaron sus blancos de lleno. Se oyeron cuatro poderosos chasquidos y, casi en el acto, cuatro torres llenas de combatientes se inclinaron y volcaron aparatosamente hacia atrás, aplastando a cuantos se hallaban en las varas de impulsión.

Gridor lanzó un grito de rabia al ver destruidas cuatro de las

máquinas que él había juzgado invulnerables. Mientras, en lo alto de la muralla, decenas de Selváticos se afanaban en elevar otros cuatro proyectiles, en tanto que otros movían los molinetes que servían para tensar las ballestas.

Las otras torres se detuvieron, indecisos sus servidores al ver la suerte corrida por las anteriores. Gridor envió un mensajero ordenándoles reanudar el avance, a la vez que disponía que otras dos parejas más de torres, entre las que figuraban los arietes restantes, se lanzaran al ataque.

Los cuatro proyectiles quedaron en sus sitios. Las ballestas giraron, tomando nueva puntería.

Robur dispuso que sólo derribaran los dos castilletes, respetando las torres de ariete. De este modo, le quedaban dos ballestas cargadas en reserva.

Mientras tanto, en lo alto del parapeto y bajo la protección del ramaje, millares de guerreros Selváticos de ambos sexos preparaban sus arcos, provistos ahora de flechas más largas y pesadas que las utilizadas hasta entonces.

* * *

Dos castilletes más fueron derribados por la inconcebible potencia de aquellas bolas de roca viva. La velocidad de los proyectiles no era tan grande que rompiese las sólidas paredes de troncos de las torres, pero sí conservaban el impulso suficiente para que un solo impacto las hiciera caer por tierra.

La masa de veinte toneladas era multiplicada muchas veces por la inercia de su propia velocidad, lo que determinaba que un solo impacto tuviese efectos decisivos. En las filas de los Gigantes se observaron los primeros síntomas de desmoralización.

De repente, Gridor dio una orden.

Dos mil Gigantes se lanzaron hacia adelante, desencadenando un furioso ataque. Robur pudo ver que llevaban consigo numerosas escalas de asalto.

Inmediatamente, se volvió hacia Hegbrum:

—Cuando llegue el momento, di a tus flecheros que concentren sus proyectiles preferentemente sobre los portadores de las escalas —dijo.

—De acuerdo —contestó el Selvático.

Los Gigantes se detuvieron de pronto, a unos cientos cincuenta pasos de la muralla. Robur vio que tensaban sus enormes arcos.

—¡Cuidado! —advirtió.

Cientos de gigantescas flechas surcaron el aire, produciendo un aterrador conjunto de silbidos. Robur pensó que era una especie de desafío.

Se agachó a tiempo. En la muralla sonaron algunos gritos de dolor.

A su lado, alguien lanzó un horrible chillido.

Robur se volvió. La sangre se le heló en las venas.

Shya yacía en el suelo, con una flecha clavada en el vientre. La joven tenía ambas manos agarradas al ástil, como si quisiera arrancárselo, pero, de repente, las fuerzas le fallaron y se quedó quieta.

CAPÍTULO X

Durante unos segundos, Robur permaneció como anonadado. Lyra le miró y pudo apreciar la contracción de sus facciones.

Un terrible alarido se oyó de repente frente a la muralla. Después de la descarga, que había causado algunas bajas entre los asaltantes, los sitiadores reanudaban de nuevo su marcha a todo correr.

Al mismo tiempo, los arietes rodaban de nuevo. Súbitamente, el suelo se abrió bajo los pies de los Gigantes.

Centenares de guerreros se hundieron en el foso excavado previamente y disimulado con gran habilidad. Muchos de los que venían detrás no pudieron refrenarse a tiempo y cayeron igualmente en aquella colosal zanja que medía seis metros de anchura por otro tanto de profundidad.

La confusión resultó espantosa. Unos trescientos Gigantes habían quedado en terreno firme, pero una terrible lluvia de flechas se abatió sobre ellos, derribando a la mitad en contados segundos.

Hegbrum exultaba de alegría.

—¿Por qué no se nos ocurriría antes esa idea de construir flechas de mayor tamaño?

Las nuevas flechas, aparte de su mayor longitud, poseían un peso superior. Eran flechas destinadas a un blanco adecuado y, a veces, bastaba una sola para fulminar a uno de los atacantes.

Al mismo tiempo, cuatro de los arietes se habían fundido parcialmente en el foso, quedando ya completamente inutilizados. Los dos restantes al no poder aproximarse a la muralla, resultaban igualmente inservibles.

Los soldados caídos en el foso intentaron salir, utilizando las escalas que no se habían roto. Cada vez que un gigante asomaba la cabeza, varios arqueros lo tomaban como blanco. Sus cráneos eran durísimos, pero si antiguamente habían resistido con impunidad los proyectiles de sus adversarios, ya no sucedía lo mismo.

Gridor bramaba de cólera. El primer ataque, en el que tantas esperanzas había puesto, estaba fracasando miserablemente.

A fin de apoyar a los caídos en el foso, que ya no se atrevían a salir, despachó al resto de los castilletes. Sus ocupantes debían batir

las murallas desde doscientos pasos. La potencia de sus arcos y la mayor elevación sobre los defensores debía hacer fácil la tarea.

Pero entonces actuaron nuevamente las ballestas. Cuando otras cuatro torres resultaron derribadas y aplastados los hombres que las empujaban, los restantes servidores se negaron a dar un paso más.

Mientras tanto, más de mil quinientos gigantes permanecían prisioneros en el foso.

Entonces, en lo alto de la muralla se oyó una voz estentórea, cuyas palabras llegaban claramente a todas partes:

—¡Gridor! ¡Estás derrotado! ¡Te ofrezco la paz! —propuso Hegbrum, a través del enorme megáfono que Robur había hecho construir.

Gridor se adelantó unos pasos y blandió el puño:

—¡No! ¡Seguiremos adelante, hasta exterminar a todo el que no se rinda como esclavo nuestro! —contestó.

Hegbrum miró a Robur. El joven contestó con una señal afirmativa.

Las ballestas dispararon de nuevo. Pero ahora su carga era muy distinta.

Cuatro enormes cilindros de cuero, cada uno de ellos cargado con varios millares de menudos guijarros, salieron disparados hacia adelante. La boca anterior de cada cilindro era una tapa que saltaba fácilmente, cuando el recipiente, al llegar al final de su recorrido, quedaba detenido por una fuerte soga unida al retén de la ballesta. De este modo, las piedras salían disparadas como una tempestad de metralla, en la que no se empleaban el plomo ni la pólvora.

Decenas de Gigantes resultaron alcanzados por aquella lluvia de piedras. Pocos de ellos murieron, pero las heridas recibidas por los demás, resultaban molestísimas.

Dos guijarros alcanzaron a Gridor en el pecho y un muslo, haciéndole tambalearse. La sangre corrió a raudales por su piel.

El megáfono tronó de nuevo:

—¡Gridor! ¡Tengo una compuerta preparada junto al río! ¡Si no te avienes a pactar, daré orden de que la levanten! ¡El foso quedará inundado en pocos minutos y todos los que están ahí perecerán ahogados irremisiblemente!

Atroces chillidos de pavor se elevaron de los atrapados en el foso.

Robur sonrió, satisfecho.

A su lado, Lyra dijo:

—Me pregunto por qué los gigantes no aprendieron jamás a nadar.

—Tiene una explicación muy sencilla. ¿Para qué quiere aprender a nadar un sujeto cuya estatura le permite vadear a pie la mayor parte de las corrientes de agua? Y si se encuentra con alguna en exceso caudalosa, busca un sitio en mejores condiciones para pasar al otro lado… pero la misma constitución física de los gigantes les hace vivir lejos de los lugares donde hay aguas demasiado profundas.

Lyra asintió. Sí, era un enigma aclarado con la mayor sencillez.

De pronto, se oyó un clamor en la muralla.

—¡Gridor ha levantado la mano izquierda! —se oyó de muchas bocas.

—Es el signo inconfundible de todo el que quiere pactar —dijo Lyra.

Robur suspiró, aliviado.

La batalla, estimaba, se había concluido con demasiadas bajas por ambas partes. En todo caso, los perdedores eran los atacantes, pero los defensores les habían enseñado unos dientes de harto poder contundente.

Esperaba que los caídos en combate no enturbiaran las negociaciones que sobrevendrían a continuación.

Luego volvió la cabeza. Shya continuaba en el suelo. Alguien, piadosamente, había arrancado de su cuerpo la flecha causante de su muerte.

Hegbrum le puso una mano en el hombro.

—Los muertos en combate son incinerados en un gran montón de leña. Es la costumbre entre nosotros, y así les rendimos homenaje a su valor. El más valiente de los vivos recibe el honor de prender fuego a la hoguera, Robur. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Robur hizo un gesto de asentimiento.

—Ve a parlamentar con Gridor —indicó—. Ya sabes lo que tienes que tratar.

Aquella misma noche, Robur acercó una tea encendida al ingente montón de leña, en cuya cúspide, rodeada por los cuerpos

de otros guerreros se hallaba el de Shya.

—Que tu muerte sirva para traer la paz definitiva a este planeta —deseó, cuando vio que las primeras llamas empezaban a oscilar ante sus ojos, en medio del respetuoso silencio de cuantos contemplaban la fúnebre ceremonia.

* * *

—Gridor se aviene al pacto, con una sola condición —dijo Hegbrum a la mañana siguiente—. Es decir dos condiciones, una de las cuales ya está expuesta por ti mismo, Robur.

—Confío en que Tubabai me escuche —respondió el joven—. ¿Cuál es la otra condición?

—Lyra debe probar, incuestionablemente, que es la reina de Thanitzar. Gridor, y encuentro muy lógica su actitud, no quiere cerrar un pacto, con un conflicto sin resolver entre dos personas que alegan ambas tener derecho al reino de los Superiores.

Lyra estaba presente en la entrevista.

Las palabras de Hegbrum la abrumaron.

—No conseguiré probar nunca mi verdadera personalidad —dijo —. Y Djuttus no se avendrá al pacto.

—Aún no se ha perdido todo —exclamó Robur—. Hegbrum, iré a negociar con Tubabai. Espero que tú y Gridor sepáis mantener vuestra palabra.

—¿Cuándo piensas partir? —consultó Hegbrum.

—Ahora mismo. No podemos perder un minuto; si bien conocemos las intenciones de Djuttus, en cambio ignoramos por completo sus planes. El pacto debe quedar concluido antes de que se lance a una ofensiva.

—Está bien. Daré orden de que te faciliten cuanto estimes necesario.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Lyra con avidez.

—Lo siento. Debo ir solo, es mucho mejor así —Contestó Robur.

—Por lo menos, hasta la puerta…

Robur sonrió.

—Vamos —dijo.

Fuera del palacio, ella se detuvo y le miró fijamente.

—Sólo quería hacerte una pregunta a solas, Robur —manifestó.

—Bien, habla, Lyra.

—¿Amabas a Shya?

Robur calló un momento.

—No lo sé —respondió—. En todo caso, la estimaba muchísimo y me cuesta acostumbrarme a la idea de su ausencia definitiva. Ella ya no está aquí y… Bien, Lyra, es todo cuanto puedo decirte.

—Has olvidado añadir una cosa, Robur.

—¿Si, Lyra?

—Todo lo que haces, lo haces por mí. Incluso aunque yo no vuelva jamás a Thanitzar, nunca lo olvidaré, te lo aseguro.

—La suerte me trajo a este planeta. Creo que puedo hacer una buena labor, simplemente.

La mano de Lyra se apoyó sobre su brazo.

—Regresa pronto con buenas noticias —rogó—. Estaré esperándote… te esperaremos con mucha impaciencia.

Robur sonrió, pero ya no dijo nada más. Una hora más tarde, partía a galope tendido en dirección al reino de Tubabai.

Los gigantes continuaban acampados todavía en las inmediaciones de la ciudad. Ninguno de ellos hizo el menor gesto hostil.

Gridor, advertido a tiempo, salió a su encuentro.

—Sé cuál es la misión que vas a realizar —dijo—. ¿Necesitas escolta?

—Gracias, pero creo que es mejor que vaya solo —respondió el terrestre.

—Eres un hombre no sólo valeroso, si no inteligente. Nos has traído nuevas ideas y nos has obligado a meditar sobre cosas en las que jamás habíamos pensado. Recordaremos tu nombre mientras vivamos, y nuestros hijos lo mencionarán a sus descendientes con orgullo y admiración.

Robur sonrió.

—Si no aprietas demasiado, me gustaría darte la mano, Gridor —dijo.

El gigante se echó a reír. Alargó su manaza y contestó:

—Aprieta a tu gusto, Robur.

* * *

El centinela lanzó un hiriente chillido:

—¡Quieto o te atravieso!

Robur se detuvo, impasible.

—Soy Khisthur —declaró—. Anúnciame a tu rey. El me conoce bien.

El hombre-rayo vaciló.

—Aguarda un momento —pidió.

Se llevó dos dedos a la boca y lanzó un atroz silbido, con ligeras variantes sonoras. A los pocos momentos, acudió a la carrera un pelotón de veloces soldados.

—Este Selvático quiere hablar con nuestro rey —anunció el centinela—. Dice que Tubabai lo conoce.

—Acompáñame —indicó el hombre-rayo que mandaba el pelotón—. Si no es cierto lo que dices, no saldrás vivo de nuestra ciudad.

—¿Estaría aquí si hubiese venido dispuesto a mentir? —replicó Robur.

El sujeto pareció sentirse impresionado por la respuesta. Hizo un gesto con la mano y Robur, apeado de su montura, lo siguió sin vacilar.

Los edificios de los hombres-rayo eran sencillos y livianos, construidos con troncos muy delgados, semejantes a los bambúes terrestres. Pero no se les podía negar cierta gracia exótica, que hacía agradable la contemplación de aquella aglomeración de cabañas.

Además, la ciudad de los hombres-rayo estaba asentada en una extensísima ladera de suave pendiente, al pie de la cual se extendía un anchuroso lago. Robur observó que los componentes de aquella extraña raza habían tenido también un notable gusto al edificar su ciudad, con amplios espacios abiertos y abundancia de arbolado, lo que quitaba toda idea de monotonía en el conjunto total.

Minutos más tarde, era introducido en una cabaña de mayor tamaño que las restantes, sostenida a dos metros del suelo por varias hileras de sólidos pilotes. Tubabai le recibió en una especie de trono, adornado con numerosas pieles de vistosos colores.

—Te reconozco, Robur —saludó—. Sin embargo, he de decir que no esperaba tu visita.

—Las circunstancias me han obligado a ello —contestó el

terrestre—. Sólo he venido a pedirte que recuerdes la conversación que sostuvimos el día en que te liberé de tus captores.

—No lo he olvidado. ¿Vienes a decirme que Lyra ha demostrado ser la auténtica reina de Thanitzar?

—Aún no lo ha conseguido —declaró Robur—. Pero quiero conocer tu opinión, para el momento en que se produzca ese caso favorable que todos deseamos.

—¿Qué dicen Hegbrum y Gridor? Mis exploradores me informaron de que Gridor se disponía a asaltar la capital de los Selváticos. ¿Es que no lo consiguieron?

—Lo intentaron, pero fracasaron. Entonces, yo conseguí persuadir a Gridor de la conveniencia de pactar. Hegbrum ya lo había aceptado de antemano.

—Entonces, ambos están de acuerdo en el pacto.

—Sí, Tubabai.

El rey de los hombres-rayo hizo un gesto de asentimiento.

—En tal caso, yo también pactaré —respondió.

Robur se sintió poseído por un infinito sentimiento de satisfacción al oír aquella respuesta.

—Los progresos serán evidentes apenas se haya establecido una paz total en Egh-Un —aseguró—. Cada pueblo puede vivir en su territorio, pero siempre en paz con el vecino. Y el nuevo gobierno, estoy convencido de ello, no traerá sino beneficios al planeta.

—Así lo espero —contestó Tubabai.

El hombre-rayo se levantó y alargó su mano hacia la de Robur.

—A partir de ahora, serás considerado como uno más de nosotros —dijo.

—Acepto reconocido tan insigne honor —sonrió Robur, a la vez que hacía una profunda reverencia. La cortesía no era servilismo, sino gratitud.

Tubabai dio un par de palmadas. Una mujer entró con una bandeja en las manos, sobre la que se veían dos cuencos de barro, llenos de un líquido amarillento, muy transparente, de olor sumamente agradable.

—Beberemos para celebrarlo —dijo Tubabai.

El vino era fuerte y algo áspero, pero tenía buen sabor. Después de un par de tragos, Tubabai inquirió:

—¿Vuelves ahora a informar a Gridor y Hegbrum de nuestra

entrevista?

—No. Quiero ir a la capital de los Superiores. Estimo que es necesario antes de regresar a informar a tus colegas de tu aquiescencia al pacto propuesto.

—Puede resultar peligroso para ti —advirtió Tubabai.

—Ya he pensado en ello, pero tengo la ventaja de que nadie me conoce. Lo único que te pido es un guía que me indique el camino. No necesito que entre conmigo en la ciudad; basta con que me deje en un punto donde no pueda perderme.

—Tendrás el guía —prometió Tubabai—. ¿Algo más, Robur?

—No, eso es todo, muchas gracias.

—Dime, ¿qué esperas ver en la ciudad de los Superiores? ¿Acaso confías en probar la autenticidad de la mujer que dice llamarse Lyra?

—Ése es el motivo de mi viaje —contestó Robur.

—¿Y si ella resultase ser, efectivamente, una impostora?

—Estoy persuadido de que es la auténtica Lyra. Sólo necesito pruebas, aunque, a decir verdad, no sé cómo podré conseguirlas. Pero si no voy a Thanitzar, no las conseguiré de ningún modo.

—Una respuesta muy razonable —aprobó Tubabai—. No puedo hacer sino desearte el mayor de los éxitos, Robur.

El terrestre se inclinó de nuevo.

—Mi éxito, si lo alcanzo, será el tuyo y el de todos los habitantes de Egh-Un —contestó.

CAPÍTULO XI

La ciudad era muy extensa y, aunque amurallada, la gente entraba y salía sin dificultad por las puertas custodiadas por una guardia negligente y poco cuidadosa.

Robur suponía que los Superiores se hallaban envanecidos por su triunfo. Pero si una vez, después de dudar de ello, había creído en las dotes de estratega de Djuttus, ahora volvía a dudar nuevamente.

—Quiere convertirse en el rey de Egh-Un o, por lo menos, en el principal personaje de la nueva reina del planeta —se dijo—. Pero, entonces, ¿por qué tanta tranquilidad? ¿Por qué no ha desencadenado sendas campañas-relámpago contra Gridor y Hegbrum?

La inactividad, después de su primera y espectacular victoria, le parecía perniciosa, si no absurda.

—A menos que esté preparando más cañones —pensó—. En tal caso, sus próximas batallas serán sendas victorias.

Las calles de la ciudad eran anchas, espaciosas, aunque no demasiado rectilíneas. Los edificios, en general, eran de uno o dos pisos, relativamente modestos en comparación de los de otras ciudades que había conocido en sus viajes por distintos planetas.

No obstante, la capital resultaba lujosa si se la comparaba con las de las demás naciones del planeta. Razón tenían en llamarse a sí mismos los Superiores.

Los soldados no eran demasiado numerosos. Robur calculó que debían de hallarse en sus cuarteles o tal vez entrenándose para sus próximos combates. La gente parecía amable y pacífica.

El ambiente bélico era prácticamente inexistente. Robur se afianzaba cada vez más en la idea que sólo los megalómanos planes de Djuttus eran la causa de las perturbaciones y conflictos ocurridos hasta entonces.

De pronto, se oyó un estruendoso clamoreo.

Robur, que caminaba un poco sin rumbo fijo, se detuvo.

A lo lejos se veía una extraña procesión, que avanzaba lentamente hacia el lugar en que se hallaba. Pronto pudo ver una lujosa litera sostenida por cuatro gigantes.

Lyra se hallaba sobre la litera. Sonreía satisfecha ante las muestras de afecto de sus súbditos y agitaba la mano, correspondiendo a los saludos que se le dirigían.

Un pelotón de jinetes la daba escolta. Robur reconoció en el acto al capitán de los soldados.

—Hurahr —murmuró.

Siendo el hombre de confianza de Djuttus, resultaba lógico que Hurahr diese escolta a Lyra. Pero, ¿se trataba de una simple guardia de honor o acaso vigilaban a la mujer para que no cometiera un desliz?

Robur se preguntó si no valdría la pena intentar entrar en contacto con la mujer. En todo caso, ¿cómo conseguirlo?

Con suma discreción, caminó paralelamente al cortejo, a prudente distancia, observando hasta el menor detalle de la mujer, su indumentaria y sus gestos. Lyra sonreía amablemente, pero a Robur le pareció que tanto sus sonrisas como sus gestos tenían algo de forzado, una ligera falta de naturalidad, que no sabía a qué achacar.

Algo repentinamente, asustó a uno de los perros-octópodos. El animal se encabritó, golpeando al que le precedía y estorbando al siguiente.

El jinete intentó dominarlo, sin conseguirlo. Los esclavos que transportaban la litera dieron muestras de inquietud.

La lanza del jinete, ocupado en dominar a su montura, escapó bruscamente de sus manos. La punta de hierro rasgó una pantorrilla de un gigante, el cual, instintivamente, lanzó un grito de dolor, a la vez que flexionaba la rodilla de la pierna afectada.

La litera se tambaleó, inclinándose profundamente de lado. Impulsivo, Robur saltó hacia adelante.

Lyra rodaba fuera de la litera en aquel momento. Robur extendió los brazos y consiguió detener su caída.

Los otros porteadores dejaron la litera en el suelo. Robur volvió a la mujer a su sitio.

—Gracias —dijo ella con hechicera sonrisa.

—Ha sido para mí un honor evitar…

Alguien empujó brutalmente al terrestre.

—¡Fuera! ¡Apártate, imbécil! —gritó Hurahr, descompuesto y colérico.

Robur vaciló y estuvo a punto de caer, pero logró mantener el equilibrio.

—No le he querido hacer ningún daño —se defendió del insólito ataque del oficial—. Solamente he pretendido evitar que la reina lo sufriera.

—Es cierto —confirmó Lyra—. Ese valiente ha impedido que yo cayera al suelo, capitán. Deseo recompensarte —se dirigió al joven.

—Tengo suficiente con contemplar tu belleza a tan poca distancia —respondió Robur galantemente.

—Eres muy amable —dijo Lyra—. Ahora no llevo nada para darte, pero ven a mi palacio y encontraré algo con que demostrarte cumplidamente mi gratitud.

Robur se inclinó.

—Señora… —murmuró.

Uno de los guardias había vendado ya la pierna herida del porteador. Hirviendo de impaciencia, Hurahr dio una orden:

—¡Vamos, en marcha!

Los Gigantes alzaron de nuevo la litera. La mano de Lyra se agitó en señal de despedida.

—No dejes de venir a visitarme —insistió.

La comitiva se alejó. El último en marchar fue Hurahr.

Robur contempló su rostro. Los ojos del capitán ardían con una furia infinita.

El terrestre procuró mantener su rostro impasible. Después de lo ocurrido, comprendía perfectamente la cólera de Hurahr.

* * *

Robur había encontrado alojamiento en una especie de posada-taberna. Los refinamientos eran pocos menos que nulos. En su habitación, el mobiliario consistía en un camastro y un taburete.

En cambio, el vino, apreció mientras bebía en la sala destinada a taberna, era considerablemente mejor. Se preguntó si debía aceptar la invitación de Lyra.

Estaba en un rincón, observando el bullicio y la algarabía que reinaban allí. De pronto, atónito, vio que entraban varios sujetos que, evidentemente, no eran nativos de Egh-Un.

—Terrestres —casi gritó, pero su asombro creció de punto

cuando, instantes más tarde, los reconoció a todos.

Eran los tripulantes de su nave. Gino Sarletti, sonriente y orgulloso, caminaba al frente de todos ellos.

Robur bajó la cabeza. En modo alguno le convenía que le vieran en la taberna.

Algunos de los recién llegados buscaron parejas en las mujeres que abundaban en la taberna. Robur se preguntó qué diablos hacían todos aquellos individuos en la capital de Thanitzar.

Había reservados en el local. Tres o cuatro de los recién llegados se dirigieron bien pronto hacia el piso superior, en compañía de sus respectivas parejas.

Robur pensó que aquélla podría ser la ocasión que buscaba. Procurando no ser visto por sus antiguos subordinados, se encaminó hacia el primer piso.

Había algunas puertas abiertas. Otras estaban cerradas.

Robur eligió la más próxima. Abrió de golpe y entró, sorprendiendo de repente a la pareja, estrechamente abrazados en un diván.

El hombre se incorporó, malhumorado.

—¿Qué diablos…?

Su boca se convirtió en una enorme O. Aprovechando la sorpresa del sujeto, Robur cerró cuidadosamente.

—Capitán Zanda —exclamó el terrestre.

—Yo mismo. Pete Green —confirmó Robur con la misma sonrisa en los labios.

* * *

La mujer les contemplaba atónita, sin saber qué decir. Robur sacó algo de su bolsillo y se lo lanzó al regazo.

—Vuelve dentro de un cuarto de hora, pero sé discreta —indicó.

La nativa salió en el acto. Robur y Green quedaron a solas.

—Pete, cuéntame, hijo —dijo Robur suavemente, a la vez que enseñaba su cuchillo de caza con gesto significativo.

La nuez del tripulante subió y bajó varias veces.

—Capitán… Yo no hice nada… Fue cosa del segundo Trapani y de algunos otros… Ellos son los culpables… Nos amenazaron de muerte a los demás…

—Trapani estaba con Sarletti. Parecen muy amigos —observó Robur.

—Sí, después hemos sabido que son amigos de toda la vida. Sarletti manda ahora su nave, capitán.

—¿Dónde está, Pete?

—Al otro lado de la colina de palacio, en la gran explanada de los cañones…

—Ah, los cañones. Seguro que los transportó Sarletti.

—Sí, capitán. Pero, según hemos sabido después, su nave era más pequeña y no tenía capacidad suficiente más que para cuatro cañones, despiezados, y ocho proyectiles. La nave de usted es mucho mayor y podrá transportar doce cañones y un centenar de proyectiles.

—¿A cambio de qué, Pete?

Green se encogió de hombros.

—¿De qué va a ser, capitán? Oro, naturalmente —respondió.

—Y ese oro, se lo proporciona…

—Sarletti no nos lo ha dicho pero todos suponemos que es Djuttus, el gobernador general. Sarletti nos ha ofrecido paga doble cuando terminemos el viaje.

—Es preciso suponer que Sarletti y Trapani se habrían puesto de acuerdo hace tiempo para provocar el motín cuando yo estuviese en las inmediaciones de Egh-Un.

—Así creo que sucedió, aunque no nos han dado detalles, señor.

—Pete, tú siempre fuiste un chico bastante sensato. No sé qué clase de historia habrá contado Trapani a las patrullas del espacio, o piensa contar el día en que se enfrente con ellas. Dirá que su capitán murió en un accidente o algo por el estilo… pero si yo aparezco vivo y se descubre el asunto del motín, los sublevados no lo pasarán muy bien que digamos. Y tú perteneces al bando de los amotinados.

—Sí, señor. ¿Qué quiere que haga, señor? —preguntó Green, muy asustado.

—Sólo una cosa; no digas a nadie que me has visto. Y aconséjale lo mismo a tu pareja. ¿Entendido?

—Descuide, capitán.

Robur volvió a la puerta.

—Ahora le diré a la chica que suba otra vez. Por cierto, ¿sabes

dónde se alojan Sarletti y Trapani?

—En la nave. Siempre duermen en sus camarotes, señor.

—Gracias, Pete. El día en que nos enfrentemos con las patrullas del espacio, tendré en cuenta tu colaboración —se despidió Robur.

CAPÍTULO XII

Las piezas de artillería parecían aún mayores vistas desde corta distancia. Estaban cubiertas por sendas lonas y un par de centinelas armados, patrullaban en las inmediaciones.

Robur evitó acercarse a los cañones. Ya lo haría más tarde, en caso necesario.

Su astronave se hallaba posada a unos cien metros. La explanada era sobradamente grande como para contener media docena de aparatos más, sin agobios de espacio.

Robur buscó la escala de acceso a la escotilla de tripulantes. Desde el suelo, oyó un sonoro ronquido junto a la abertura.

Sonrió en la oscuridad. Sarletti y Trapani eran prevenidos al dejar un vigilante, pero no podían contar con su sueño. Subió sin hacer ruido y prolongó el sueño del sujeto con un seco puñetazo en la sien.

Luego lo arrastró hacia uno de los camarotes, en donde lo amordazó y ató sólidamente. Acto seguido, husmeó en uno de los depósitos de pertrechos, hasta encontrar algo que guardó inmediatamente entre sus ropas.

Después bajó a la sala de máquinas. Armado de una llave, abrió un panel. Con la misma herramienta, quitó tres grandes cilindros, de unos cinco centímetros de grueso por casi cuarenta de largo. Eran los fusibles de seguridad de los motores antigravitatorios. Sin ellos, la nave era solamente una masa de metal inerme.

Escondió los fusibles en un lugar donde sólo él pudiera encontrarlos. Al fin de cuentas, era su nave y la conocía al dedillo.

Naturalmente, había fusibles de repuesto. La nave podía moverse sólo con uno, en caso de emergencia, pero si faltaban todos, permanecería anclada al suelo indefinidamente.

Los fusibles de repuesto se unieren a los otros. Robur procuró que todo quedase en perfectas condiciones, a fin de que nadie notase su presencia a bordo, y luego se dirigió al salón.

En la cafetera automática se tomó un par de tazas de café. Luego se sentó en un cómodo butacón.

Un par de horas más tarde, se oyó un gruñido en la entrada:

—¿Dónde diablos se habrá metido el estúpido de Blanchard? —

sonó, irritada, la voz de Trapani.

—Quizás esté en alguno de los lavabos —sugirió Sarletti—. Ahora lo sabremos, en todo caso.

Los dos sujetos se dirigieron al salón. Su sorpresa fue enorme al verse ante el legítimo propietario de la nave.

—Hola, piratas —saludó Robur alegremente.

* * *

Durante unos segundos, hubo un tenso silencio en la estancia. Trapani fue el primero en reaccionar.

—Capitán, deje que le explique…

—No me dé explicaciones a mí, Trapani; ya se las dará al tribunal que un día le juzgará por motín —cortó Robur con frío acento—. En cuanto a ti, Gino, también tendrás que explicar por qué te has convertido en el propietario ilegal de una nave que no es la tuya.

Los ojos de Sarletti eran dos menudas bolitas negras, de brillo perverso.

—Eres muy listo, Robur —dijo—. ¿Cómo has sabido que tu nave se encontraba aquí?

—Tengo un olfato de sabueso, Gino. El mismo que me salvó de perecer a manos de Tom McGeall.

Sarletti se encogió de hombros.

—Lo que Tom hiciera no es cuenta mía —respondió.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Trapani con avidez.

—Llevaba un cuchillo sin vaina. Yo le proporcioné una en su propio pecho.

Trapani respingó.

—Gino, las cosas no van a salir tan bien como esperabas —rezongó.

—¡Cállate, maldito imbécil! —le apostrofó Sarletti coléricamente—. Todavía no hemos perdido la partida.

—Es cuestión de opiniones, claro —dijo Robur, sin perder la calma—. Por cierto, ¿has hecho buen negocio con los cañones? Son muy anticuados, los mismos que se emplearon en Suwoloo III durante la Guerra de los Sesenta Años. Empezaron con arcos y flechas y terminaron construyendo estos gigantescos cañones. Hoy,

naturalmente, ya son anticuados en Suwoloo III, pero aquí, en Egh-Un, resultan el último grito en cuestión de armas destructoras. Suwoloo III ha hecho un buen negocio deshaciéndose de estas antiguallas y tú lo vas a hacer aún mayor, vendiéndoselas a Djuttus. ¿Me equivoco, Gino?

—Las piezas de artillería no están en discusión, sino tus intenciones. ¿Qué piensas hacer ahora, Robur? —preguntó Sarletti.

—Estoy en mi nave, Gino.

Era una respuesta significativa.

Sarletti y Trapani intercambiaron una mirada.

—Un negocio de millones —murmuró el segundo lastimeramente.

—Sí, de esos que le convierten a uno en rico para el resto de sus días, ¿no es así? —sonrió Robur.

—Exactamente —confirmó Sarletti con singular cinismo.

—Por lo cual, y en previsión de que ese negocio pudiera irse algún día al diablo, enviaste a McGeall a apuñalarme. Y, dime, ¿qué hacías en la capital de los Selváticos? Un viaje de comercio demasiado oportuno para no confundirlo con una misión de espionaje para Djuttus, ¿verdad?

Sarletti meneó la cabeza.

—Robur, Djuttus no tiene astronaves ni posibilidad de tenerlas en mucho tiempo —dijo—. Por eso me contrató a mí, para traerle los cañones desde Suwoloo III. He de hacer otro viaje con tu nave y, a mi vuelta, regresaré a la Tierra con las bodegas rebosantes de oro. Como comprenderás, no voy a permitir que me estropees el mejor negocio de mi vida.

Apenas había terminado de hablar, tiró de la pistola y gritó:

—¡Ayúdame, Francesco!

Trapani, desesperado, sacó también la suya. Pero Robur no estaba desprevenido y se anticipó a ambos, con una de las pistolas obtenidas en el armero de a bordo.

La multipistola estaba en «termosolar». Dos cuerpos se convirtieron en sendas ascuas de luz durante un segundo. Luego, unos informes, restos carbonizados, que hedían apestosamente, yacieron sobre el suelo.

Robur torció el gesto.

—Hay que hacer limpieza —murmuró—. No conviene que nadie

sepa lo que les ha pasado a este par de piratas.

* * *

Robur salió de la nave una hora más tarde. No le importó abandonar el aparato; nadie podría hacerlo despegar sin los fusibles.

Un día volvería a recogerla, para regresar a la Tierra. Seleccionaría a los tripulantes, eligiendo a aquellos con menor participación en el motín o que, por lo menos, se hubiese abstenido. Por supuesto, los licenciaría apenas llegase a la Tierra. Aun los que no habían mantenido en una actitud pasiva, sin levantar un dedo en su favor.

Pero, de momento, era un problema secundario. Tenía otros más urgentes.

Cautelosamente, se acercó a uno de los centinelas y, provisto de una pistola cargada de manera adecuada, tomada también en el armero de a bordo, le disparó al rostro un chorro de gas narcótico.

El centinela se desplomó al suelo segundos más tarde. Sus armas hicieron un poco de ruido al caer.

Robur esperó, agazapado tras una de las grandes ruedas de la cureña de la pieza más cercana. El otro centinela, alarmado por el ruido, acudió a ver qué sucedía.

Instantes más tarde, estaba igualmente en el suelo, haciendo compañía a su pareja. A fin de que Djuttus y Hurahr no recelasen nada, vertió sobre las ropas de los centinelas parte del contenido de sendas botellas de licor, que dejó luego sobre la hierba, tumbadas y sin sus tapones.

—Nadie creerá luego que no se emborracharon —sonrió, mientras se acercaba al primero de los cañones.

Conocía los mecanismos de aquellas piezas. Durante una de sus estancias en Suwoloo III, había visitado el museo donde se exhibían. El guía les había explicado con toda meticulosidad su funcionamiento.

—En este mundo, una visita a un museo siempre es algo de utilidad, tarde o temprano —se dijo filosóficamente, mientras, llave inglesa en mano, se aplicaba a trabajar en el mecanismo de disparo.

Los enormes obuses disparaban por aire comprimido a

elevadísima presión. Robur manipuló en el compresor, quitándole algunas piezas imposibles de reponer en Egh-Un. Luego se dirigió a la segunda pieza y realizó la misma tarea.

Una hora después, sin ser visto, abandonó la explanada. Poco después de amanecer, alcanzó el lugar donde tenía su perro-octópodo.

Tres días más tarde, cansadísimo, pero satisfecho, entraba de nuevo en la ciudad de los Selváticos.

* * *

Hegbrum, Tubabai y Gridor escucharon en silencio su informe. La mujer del primero y Lyra asistían también a la conferencia.

—Entonces, si Djuttus no se ha lanzado a la guerra con nosotros, es porque está esperando más cañones y granadas —dijo Tubabai.

—Exactamente —confirmó Robur—. Aun suponiendo que yo no hubiera inutilizado esos cañones, Djuttus no habría emprendido una campaña sin estar bien pertrechado. Es preciso tener en cuenta que, ahora, los cañones sólo podían hacer un disparo. Djuttus posee la suficiente visión como para no entablar una batalla sin estar seguro de que va a ganar.

—Pero tiene tu nave… —alegó Gridor.

—Mi nave está también inutilizada y sólo volará cuando yo quiera —respondió Robur.

—Entonces, podemos lanzar el ultimátum a Djuttus —dijo Tubabai.

—En efecto. Dudo mucho de que Djuttus, sabiéndose en inferioridad numérica, se atreva a presentaros batalla. ¿De cuántos hombres podéis disponer?

—Seis mil trescientos —contestó Tubabai sin vacilar.

—Catorce mil ochocientos y dos mil más, en caso necesario —dijo Gridor.

—Diecisiete mil —añadió Hegbrum.

—En cifras redondas, cuarenta mil, contra doce o catorce mil de Djuttus —calculó Robur.

—Pero ellos están protegidos por sus murallas —se quejó Gridor, a quien todavía le escocía la derrota sufrida y, más aún, la forma en que se había producido.

—No atacaremos sino en caso extremo… y dudo mucho de que llegue el ataque a efectuarse —dijo Robur—. Durante mi viaje de regreso, estudié el terreno. A media jornada de la capital, encontré un lugar ideal para desviar el río que la abastece de agua potable. En dos días, antes de que ellos se den cuenta de lo que les ocurre, habremos conseguido desviar el río, empleando en la tarea todos los hombres disponibles.

—No es mala idea —aprobó Hegbrum—. Y sin agua y sin cañones, su situación será muy crítica.

—Tendrá que rendirse —aseguró Robur.

—Bien, supongamos que lo logramos —dijo Gridor—. Todos nosotros estamos de acuerdo en formar un gobierno colegiado para lo sucesivo. Lo único que deseamos es que se establezca de un modo incontestable la autenticidad de la persona que está ahora en el trono de Lyra.

—O es la legítima reina de Thanitzar o es una impostora —añadió Tubabai—. Pero esto es algo que deberá quedar esclarecido irrefutablemente.

—Yo estoy de acuerdo con el gobierno colegiado de las cuatro naciones —intervino Lyra repentinamente.

—¿Cómo podemos firmar un pacto contigo, si todavía no sabemos si eres o no una impostora? —exclamó Gridor.

—Soy…

Robur no dejó seguir a la muchacha.

—Ella es Lyra y espero demostrarlo en el momento oportuno —declaró sensacionalmente.

Lyra se llevó una mano al pecho.

—¿Cómo lo harás? —preguntó, con voz muy alterada.

Robur la miró y sonrió.

—Estás muy pálida —dijo.

—Le daré un poco de vino —terció la mujer de Hegbrum—. La noticia que acaba de recibir casi le ha provocado un desmayo.

Mientras Lyra se reponía, Hegbrum formuló la misma pregunta a Robur:

—Explícanos, ¿cómo demostrarás que la mujer que está aquí es la legítima reina de Thanitzar?

—Perdóname, pero éste es un plan estrictamente personal y no lo haré público hasta el momento adecuado. Divulgarlo ahora,

incluso contando con vuestra discreción, haría que se perdiese el efecto del factor sorpresa y esto es algo que considero imprescindible para demostrar la verdadera personalidad de Lyra.

CAPÍTULO XIII

Los hombres de los tres ejércitos trabajaban afanosamente, bajo la dirección de Robur. Unos cavaban el nuevo cauce, mientras otros, sobre todo los Gigantes, arrancaban enormes árboles, con los cuales construir el dique que originaría la desviación del caudal de las aguas.

Lyra se acercó a Robur, durante una pequeña pausa.

—¿Qué podré hacer por ti cuando esté de nuevo en mi sitio? —preguntó.

Robur sonrió.

—Nada —contestó—. Firma el pacto con los otros tres y procura mantener a tu pueblo en paz. Eso es todo lo que te pido.

—Hubo una vez que llegué a pensar que te negarías a ayudarme, Robur.

—De la forma en que tu querías, sí, por supuesto. No se puede lanzar a todo un pueblo por las pretensiones de una sola persona.

—Pero ahora son tres…

—Exacto, tres pueblos y no sólo sus tres dirigentes los que quieren una paz duradera. Y, aunque no lo confiesen, la mayoría de los guerreros Superiores, también piensan igual, estoy seguro de ello. Por eso te apoyo y lo haré hasta el final, Lyra.

Ella sonrió.

—Me muero de curiosidad por saber cómo vas a demostrar mi verdadera personalidad —dijo.

—En el momento oportuno lo sabrás.

—Aún no sé… Robur, ¿qué harás cuando todo haya terminado?

—Tengo mi nave y una profesión. Volveré a la Tierra, compraré más mercancías y traficaré de nuevo.

—Aquí podrías ayudarnos mucho, si quisieras.

—Creo que ya he hecho bastante, aunque no descarto regresar a Egh-Un de cuando en cuando. El progreso de vuestros pueblos es algo que vosotros mismos habréis de resolver, evitando, en lo posible, la dependencia de otros planetas.

Lyra se quedó muy pensativa al escuchar aquellas palabras. Las frases de Robur predisponían a la meditación.

Los trabajos de desviación del río se alargaron un día más de lo

previsto, pero, al fin, las aguas quedaron frenadas por el dique y corrieron hacia su nuevo cauce.

—Los Superiores enviarán patrullas a investigar —calculó Robur, en una conferencia sostenida con Lyra y los tres jefes de nación—. Conviene dejar aquí una pequeña fuerza para combatirlos si intentan destruir el dique, pero aún resultará mejor que los apresen y no permitan que ninguno vuelva para dar la noticia a Djuttus. Y, al fin evitar un tropiezo con esas patrullas, daremos un rodeo, porque alguno de sus componentes podría escapar y dar aviso de nuestro avance. Dado que los trabajadores han actuado por turnos, la gente está bastante descansada y creo que podremos realizar una marcha forzada, que nos lleve a cercar la ciudad antes del amanecer.

El plan fue aceptado sin reparos. Una hora más tarde, las vanguardias del ejército coaligado, iniciaban la marcha hacia la capital de Thanitzar.

* * *

Los centinelas de las murallas se quedaron atónitos, cuando, después de las primeras luces, vieron aquella fenomenal masa de tropa que cercaba por completo la urbe. La última etapa se había cubierto en un absoluto silencio, de modo que la sorpresa había sido total.

Inmediatamente se produjo un gran revuelo en el interior de la urbe. La noticia no tardó en llegar a Djuttus quien, aunque evidentemente sorprendido, dio órdenes de proceder en el acto a un contraataque en regla.

Había cuatro puertas en la ciudad y se abrieron simultáneamente. Pero, al mismo tiempo también, los sitiadores desencadenaron sendas tempestades de flechazos, que hicieron ver a los sitiados la imposibilidad de salir a campo abierto.

Las puertas se cerraron de nuevo. Entonces, los sitiados atacaron a ballestazos desde las alturas, pero los sitiadores se retiraron a distancia prudencial.

Una vez más, los Superiores intentaron salir. Los poderosos arcos de los Gigantes entraron en acción desde doscientos cincuenta metros, distancia a la cual no llegaban las saetas de los sitiados. El

segundo fracaso resultó definitivo.

Los cañones no podrían actuar, dado que tenían que salir a campo abierto e, incluso, aunque lo consiguieran, no lograrían disparar las únicas cuatro granadas que quedaban. Los sitiadores empezaron a darse cuenta de que todas las ventajas estaban de su parte.

Además, se percataban de que luchaban por el establecimiento, de una paz definitiva en Egh-Un, lo que les confería una moral altísima.

Por si fuera poco, las torres de combate y los arietes, reparados los averiados en la anterior batalla, hicieron acto de presencia hacia el mediodía. Aquellas veintidós enormes torres y los seis colosales arietes no dejaron de causar una terrible impresión entre los Superiores.

Djuttus supuso que sus atacantes desconocerían la importancia de sus reservas de municiones y, puesto que las torres de combate sobrepasaban en más de cuarenta metros la altura de las murallas, ordenó disparar las cuatro granadas que le restaban. De acuerdo con Hurahr, confiaba en impresionar a los sitiadores.

Luego, calculó, la amenaza de destruir el resto de las torres y de arrasar las líneas de los sitiadores, eso haría el resto.

Pero su cólera no conoció límites cuando el comandante de la artillería le informó de que los cañones no disparaban y de que no había medio de reparar las averías causadas por una mano desconocida.

Hurahr, astuto, pensó inmediatamente en los dos centinelas supuestamente borrachos. ¿Quién había provocado aquella fingida embriaguez?

En aquel mismo momento, se oyó un poderoso trueno fuera de las murallas.

Era el megáfono construido por Robur, a través del cual se solicitaba el envío de un parlamentario.

Djuttus ordenó que saliera uno de sus oficiales. Robur se enfrentó con el individuo.

—Debes llevarle un mensaje a Djuttus. Dile que Hegbrum, rey de los Selváticos, Tubabai, rey de los hombres-rayo, y Gridor, rey de los Gigantes, desean hablar con él y con la reina Lyra. Desean ser recibidos con la mayor rapidez posible, para proponerles un pacto y

establecer un gobierno colegiado. Diles también que, si les tienden una trampa, sus tropas asaltarían la ciudad y pasarán a cuchillo a todos sus habitantes, con lo que el pueblo de los Superiores habrá dejado de existir. Traemos la paz, aunque parezca lo contrario. Y —concluyó Robur maliciosamente—, dilo así también a tus hombres. Conviene que ellos lo sepan.

—Lo haré como dices —respondió el parlamentario.

La respuesta llegó una hora más tarde. Lyra y Djuttus se avenían a recibir a los tres reyes, con sus respectivos séquitos.

* * *

Djuttus estaba de pie, al lado de la hermosa mujer de tan colosal parecido físico con Lyra, Hurahr se hallaba a la izquierda.

Asistían también muchos altos personajes y funcionarios de la corte. Robur estaba en un segundo discreto plano, junto con una enigmática mujer, cubierta con un largo manto y cuyas facciones quedaban ocultas por un espeso velo, que sólo permitía ver sus ojos.

Hegbrum, en nombre de sus dos compañeros, expuso los motivos que les habían llevado hasta allí. Djuttus les escuchó atentamente.

—Nuestra reina Lyra tiene la palabra —dijo, cuando Hegbrum hubo terminado de hablar.

—No —exclamó la aludida—. Jamás consentiré en un pacto semejante. En todo caso aceptaré que me consideréis como reina de las cuatro naciones, pero nunca como igual a vosotros, en rango, dignidad y autoridad a la hora de tomar decisiones.

Djuttus hizo un estudiado gesto de resignación.

—Ya veis —dijo—. Ni yo ni los demás, podemos oponernos a la decisión de nuestra reina, decisión que, por otra parte, estimamos absolutamente justa.

—Lo sería si ella fuese la legítima reina de Thanitzar. Pero no es Lyra, sino una infame suplantadora —declaró Hegbrum sensacionalmente.

El selvático había sido convenientemente aleccionado. Lo hacía muy bien, se dijo Robur.

Lyra se puso en pie.

—¿Cómo dices? —gritó colérica—. ¿Te atreves a llamarme embustera?

—Puedo presentar pruebas de lo que digo —contestó Hegbrum, impertérrito en medio de la sensación de cuantos presenciaban la escena—. Insisto en que tú no eres la legítima reina de Thanitzar.

—¿Dónde están las pruebas? —exclamó Djuttus, lívido de furia.

Hegbrum se echó a un lado.

—Habla, Robur —invitó.

El terrestre empujó a la misteriosa mujer que tenía a su lado.

—Quítate el velo, Lyra —ordenó.

Una exclamación brotó al mismo tiempo de todas las gargantas. A Djuttus se le saltaban los ojos de las órbitas.

Pero quiso contraatacar y extendió la mano hacia la muchacha:

—¡Ella es la impostora! ¡Detenedla inmediatamente!

Los guardias dieron un par de pasos. Lyra cortó su acción con una seca orden:

—¡Quietos! Mi acompañante, Robur Zanda, demostrará mi auténtica personalidad.

—Es muy sencillo —sonrió el aludido, pero la otra Lyra no le dejó seguir.

—Tú eres el que me sostuvo cuando cayó mi litera, —dijo.

—Así es. Veo que tus circuitos de memoria están en perfectas condiciones. Eres un estupendo robot, pero con un insigne defecto, común, por otra parte, a todos los robots, por muy perfectos que sean. Hoy día se construyen robots con unas cualidades prácticamente humanas, incluyendo la de memoria. Pero todos los robots, insisto, tienen el mismo defecto.

«Ninguno de ellos palidece o se ruboriza. En su piel, por perfectamente que imite a la humana, no se pueden insertar los miles y miles de vasos capilares, a través de los cuales se retira la sangre cuando una persona palidece o cuando, en una acción de signo contrario, se ruboriza y, por tanto, aumenta el flujo de sangre hacia la periferia. Eso es lo único que no se ha podido imitar en ti, aparte de la frialdad de tu epidermis. Lo noté cuando te recogí antes de que cayeras al suelo.

«Ahora mismo, cuando han dicho que eras una impostora, tendrías que haber enrojecido de cólera, pero tu cara conserva el mismo color. En cambio, mira a Djuttus. Sabe que digo la verdad y está lívido.

Decenas de pares de ojos fueron hacia el aludido.

—Pero todavía hay más —exclamó de pronto la auténtica Lyra —. Si eres humana, demuéstralo.

Un pequeño cuchillito cayó a los pies del robot. Lyra tenía otro y, lenta, teatralmente, hizo una incisión en su antebrazo izquierdo.

La sangre empezó a gotear inmediatamente.

—¿Tienes sangre? —preguntó al robot, en medio del asombro general.

Hubo un momento de silencio. Robur lo rompió:

—Djuttus, fue Sarletti quien te trajo el robot, ya que lo necesitabas para llevar a cabo tus planes. Estoy seguro de que en el dorso de esa máquina, de tan perfecta apariencia humana, hay una inscripción que dice está hecha en la Tierra, y, además, con su número de serie y el de la fábrica donde fue construida. ¿Me equivoco?

De repente, Hurahr empezó a mover la mano hacia una pistola terrestre. Robur se le anticipó por fracciones de segundo, derribándole de un tiro.

Djuttus, aterrado, quiso escapar.

Un hombre, convertido en una centella apenas visible, saltó sobre él. La flexible espada de Tubabai se movió re lampagueantemente. Djuttus lanzó un horrible chillido y se desplomó al suelo.

Robur ascendió lentamente las gradas del estrado y se acercó al robot.

—Lo siento, pero he de desconectarte —dijo.

La máquina dejó de funcionar en el acto. Robur se volvió hacia el auditorio.

—Ahora, cuatro reyes, tratarán entre sí de la mejor forma de establecer un gobierno colegiado, que garantice una paz duradera.

* * *

La nave se elevó lentamente al principio y, una vez fuera de la atmósfera, adquirió una creciente velocidad, en busca de la órbita que la llevaría a la Tierra. En la cabina de mando, Robur vigilaba atentamente los instrumentos.

Un grito repentino cortó en seco sus meditaciones:

—¡Capitán, polizón a bordo!

Robur se volvió. Lyra, radiante de belleza, estaba en la puerta, ataviada con la misma sucinta indumentaria que llevaba la primera vez que se vieron.

Una hechicera sonrisa brillaba en sus labios.

—¿Te sorprende mi presencia a bordo de tu nave, Robur? —preguntó.

—Bueno, yo…

Lyra avanzó hacia él.

—Tengo dinero para pagar un pasaje a la Tierra. Debe de ser un planeta fascinante; me encantará conocerlo, acompañado por un buen guía. Tú puedes ser ese guía, supongo.

—Por supuesto, pero… en Egh-Un tienes obligaciones que cumplir…

—He abdicado. No quiero ser más reina de Thanitzar.

—Entonces, habrá que nombrar a otro para ese puesto.

—No es la primera vez que se elige a un rey. Los otros están de acuerdo y, el elegido, naturalmente, aceptará los términos del pacto establecido gracias a ti.

—Pero… no entiendo por qué…

Lyra se le acercó más todavía. Había una luz singular en sus ojos.

—¿No lo comprendes? —murmuró.

Robur sonrió.

—Me disgustaría que un día pudieras arrepentirte de tu decisión —dijo.

—Tú me ayudarás a que eso no suceda, Robur.

El joven la abrazó repentinamente.

—Serás reina de un solo súbdito: yo —aseguró.

Los dos tripulantes contemplaban la amorosa escena desde la puerta. Uno de ellos era Pete Green.

—Bueno —dijo su compañero—, puesto que es el capitán, ¿quién los casará? Menudo problema, ¿no te parece, Pete?

—Problemas como ese me gustaría a mí tenerlos a montones —contestó Green socarronamente.

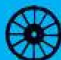
FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

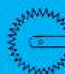

HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.

6
TIROS
SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas


ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas

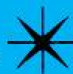
GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.